



En una Silla de Ruedas

DE LA AUTORA



PUBLICADAS:

Las Fantasías de Juan Silvestre.

EN PREPARACION:

Había una vez... }
La Niña Sol } *Comedias.*

Imp., Librería y Encuadernación Tormo.—San José, C. R.

BIBLIOTECA COSTARRICENSE
Ediciones de la "Librería Tormo"

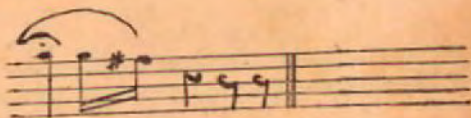
En una Silla de Ruedas

por

Carmen Lira, 1888-1941



IMPRESA Y LIBRERIA TORMO
Avenida Central, frente al Banco Mercantil
SAN JOSE, COSTA RICA



La música del Afilador



Así fué...

CUANDO llegó esta desgracia, Sergio aún no había cumplido sus dos años.

Una mañana la madre abrió la ventana del dormitorio y el niño permaneció quieto en su camita, como si el sol no hubiese entrado en la habitación sorbiéndose la oscuridad que la llenaba. No hubo como todos los días, frotamiento de ojos, risas torpes porque aún tenían las alas metidas en el sueño, ni brazos impacientes que se agitaban en reclamo del cuello materno. Se le hubiera creído muerto, si la mirada de sus ojos no se hubiese tendido llena de angustia hacia su madre.

El pequeño se acostó alegre. Antes de dormirse jugó y retozó en el regazo de la vieja Canducha, cuando ella acomodó la cabeza de Sergio en la almohada y subió el embozo para que no pasase frío, aún no se había cerrado en su boca la risa.

Al abandonarse al sueño, parecía una vida que iba al encuentro del sol, pero al despertar, era una vida a quien la suerte dejó en el país brumoso de la Tristeza. Qué hada maléfica se deslizó entre el silencio de la noche hasta la cama de Sergio y vació su rencor en esta existencia que comenzaba a abrirse?

Se llamó al médico. Su diagnóstico fué, de que se trataba de un caso de la Parálisis de la mañana de West.

Lograron salvarle la vida, pero la enfermedad no quiso abandonar las piernas.

El anciano doctor que lo vió nacer exclamó alegremente, cuando Sergio llegó a este mundo, al mirarlo tan bien conformado:—Bienvenido, muchacho! Se ve que Nuestro Señor estaba de buen humor cuando te hizo. He aquí uno a quien nos mandan bien armado para ir por este valle de lágrimas.

Pero el tiempo vino a demostrarle que por más médico que fuese, no tenía nada de profeta: él mismo fué quien días después, con voz apenada, dijo a su colega que acudió a ayudarlo a estudiar aquel caso, mientras movía en todos sentidos las piernecillas marchitas:—Miembros de polichinela, amigo mio. Un cul-de-jatte para mientras viva—añadió en francés, para que la madre que estaba presente no comprendiese.

¡Un cul-de-jatte! Y Sergio sonreía al médico que a la cabecera de su cama le auguraba un destino muy diferente de aquel que entreviera el día de su nacimiento.

Mas tarde se pidió para él a los Estados Unidos, una silla de ruedas, invento de un enfermero. Era una silla que mediante cierto mecanismo, podía ensanchar asiento y respaldo y que podía servir para un niño o para una persona voluminosa. Un aparato que crecería conforme Sergio lo necesitara.

Estaba hecha de madera y de acero labrados; tenía adornos dorados y los almohadones forrados en terciopelo. Todo en ella era pulido y reluciente, y sin embargo era un mueble triste.

Jamás Cinta, la madre de Sergio, ni Canducha, olvidaron el primer día en que el chiquillo fué colocado en la silla, entre almohadones muy suaves. El pobre reía y palmoteaba como si se tratara de un juego.

La vieja criada se enjugó los ojos, a las escondidas, con la punta del delantal:—Virgen de

los Angeles! Que el niño Sergio no se quedara siempre en aquella silla! Que hiciera un milagro! Ella le ofrecía unas piernas de oro que iría a colgar en su altar, apenas viera que el chiquillo decía a andar como los cristianos!

Cinta era quien empujaba la silla. La rodó hacia el jardín y el chirrido que hicieron las ruedas en la arena, se le metió en el corazón como un dolor.



Pasaron algunos años y el milagro que anhelara Canducha, no se realizaba. Muchas veces los dorados de la silla perdieron su brillo y se hicieron relucir nuevamente y muchas veces también los almohadones de terciopelo fueron renovados. El niño continuaba en ella; el asiento y el respaldo se ensanchaban conforme el cuerpo lo exigía.

Era una de esas figuras que no se olvidan nunca: moreno y pálido, con una palidez que hacía pensar en la de las flores que se abren en la sombra. Su frente amplia y su nariz recta, prometían un noble perfil de varón. Sus ojos grandes de córnea muy blanca parecían dos pocitos de agua sombreada; las pestañas muy largas y muy negras, ponían en ellos una dulzura melancólica. Cuando las levantaba para posar su mirada en alguien, se sentía la impresión que deja una caricia. El cabello abundante, negro y lacio, se lo dejaba la madre crecer de modo que le cubriera las orejas y así, se lo recortaban en torno del cuello delicado y frágil.

La inquietud y la alegría de la infancia, prisioneras en este cuerpo condenado a vivir en una silla de ruedas, asomaban siempre por sus ojos y por sus labios, como esos traviesos rayos de sol que en un día oscuro saben abrirse camino a través de la lluvia y de la niebla. Era

tranquilo con esa tranquilidad resignada que tiene el agua en los remansos y que uno sabe inquieta y cantadora en las pendientes y entre las piedras.

Todas las energías que tenía su cuerpo para ser empleadas en los movimientos incesantes de la niñez, habían venido a colmar su cerebro y su corazón, de donde salían serenas a refrescar lo que constituía su mundo. Desde su silla velaba por todos y por todo: por su madre, por sus hermanitas, por Canducha, por Miguel. Y como si su amor no se conformara con los seres humanos, iba hasta sus palomas, sus conejitos, sus plantas. Pasaba las mañanas bajo un naranjo del jardín y en torno de su silla era que los comemaíces y los yigüirros armaban sus algarabías. Los comemaíces venían a sus hombros y a su regazo a picotear las migas que él ponía allí para ellos.

Trataba a los suyos con un cariño paternal, sobretodo a su madre quien le decía por broma: "Tatica Sergio". Cuando por ejemplo ella se le acercaba y lo llamaba:—"Tatica Sergio"—, él la atraía y le besaba las manos con devoción, pero el tono con que le contestaba:—"¿Qué quiere mamá?"—, se parecía a aquel que toman los padres cariñosos para decir: "¿Qué quieres hijita?".

En torno de la silla

EN torno de la silla rondaban las ternuras de Cinta, de las dos hermanitas, de *mama* Canducha y de Miguel. Si alguien hubiese preguntado cuál de estas ternuras era la más honda, no se habría podido precisar, porque cada una a su modo era la más honda.

Sergio sentadito en su silla era allí el verdadero hogar. Era como una hoguera alrededor de la cual había manos afanosas porque no se extinguiera..... Era tan grato al corazón el calor de su llama!

* * *

La madre de Sergio se llamaba Jacinta, pero en casa siempre le dijeron Cinta. El niño la adoraba. Para él no había en este mundo nada más bello ni mejor. Cuando Cinta salía, se ponía triste y no sonreía sino hasta que sus oídos percibían otra vez su taconeo gracioso, sus risas y sus exclamaciones.

Cinta era una personita encantadora, con el cerebro a pájaros. La verdad es que si Candelaria no hubiese estado siempre alerta, aquella casa no habría caminado bien. Los treinta años no lograron llevar la gravedad a esta criatura que jamás enterró la ligereza de los

primeros años. Era menuda y graciosa con la cabeza hecha un nido de colochos oscuros; una de esas figuras pequeñitas de mujer que inspiran deseos de cogerlas y ponerlas de adorno sobre una consola, como si fueran una chuchería artística de gran valor.

Cinta creía adorar a sus hijos, pero Dios no le puso en el corazón las fuertes alas que elevan a las madres hasta las estrellas, sino un par de lindas alas de mariposa, que no hubieran podido llevarla a mecerse con serenidad sobre las pasiones humanas.

* * *

Gracia y Merceditas eran menores que Sergio. Gracia tenía la cabeza llena de crespos negros como su madre y de ésta heredó también su alegría. Por donde Gracia andaba había repique de risas, cantos y bailoteo. No podía guardar una idea dos segundos entre la cabeza, le picaba y la sacaba enseguida por su boca.

Su madre decía que pensaba en solfa, porque todo lo que le pasaba por el cerebro lo decía cantando. Candelaria le dijo un día que le alborotaba la cocina: "Hija, parecés una campanilla colgada en una bocacalle, que con sólo que la vuelva a ver el viento ya está golpeándose en su badajito". Desde entonces Sergio la llamó, "Campanilla".

Era ella quien encabezaba todos los juegos a que se entregaban los tres y se ingeniaba de modo que hasta a Sergio lo hacía jugar *Quedó*.

La primera vez que Canducha oyó el alboroto que armaban en los corredores jugando *El Quedó*, salió persignándose:—¡ Santísima Trenidá! Y cómo sangoloteaba la silla de Sergio, aquella loca de Gracia! ¿ Es que quieren salir de mi muchacho? — gritó al ver la silla que se agitaba de aquí y de allá, tras unos chiquillos, como un bote entre un mar tempestuoso.

—No, *mama Canducha* —contestó la voz alborozada de Sergio. —No se asuste, es que yo quedé.

La anciana se fué a la cocina enjugándose una lágrima.

* * *

Merceditas tenía cinco años cuando Sergio cumplió ocho. Era una muchachita dulce, y él recordó con emoción muchas veces en su vida la pequeña figura peinada de dos trenzas que remataban en sendos lazos negros, que se sentaba a sus pies con un silencio colmado de ternura, a coser vestidos para una muñeca negra de trapo que le hiciera *mama Canducha*, con los ojos, la nariz y la boca de Arabia roja, y a quien ella bautizara con el nombre de Luna. Los alborotos de su madre y de su hermana, la hacían sonreír como si se desarrollaran en otro planeta. Ella se escondía temblando en un rincón cuando Gracia ponía a Sergio a jugar *Quedó*.

La primera vez que comprendió por qué su hermano estaba siempre en esta silla que al principio tomara por un juguete, sufrió mucho. Fué en una mañana en que lo bañaban, cuando ella se dió cuenta de que las piernas de Sergio no eran como las suyas ni como las de Gracia. Aquella piel azulada y pegada de los huesos, la hizo estremecerse de pena. Buscó a Candelaria y le preguntó:

—*Mama Canducha*, ya sé por qué Sergio no puede caminar. ¿Tiene las piernas de un modo !..... ¿Después se le harán como a mí, *mama Canducha*?

La anciana le contestó llorando:

—No mi hijita..... Sergio no podrá caminar nunca.

—Yo quisiera darle mis piernas, *mama Canducha*. A mí me gusta estar sentada ha

ciéndole vestidos a Luna. ¿ Puedo cortármelas y dárselas?

—No mi hijita, si ésto se pudiera ya hace tiempos que yo le habría dado las mías.

Se fué entonces a un rincón y lloró tanto que todos se alarmaron. Después tuvo calentura. Desde entonces no volvió a correr ni hizo sino aquello que podía hacer Sergio. Y sus manecitas tuvieron para estas piernas, ternuras que nadie sospechaba: las apretaba a menudo contra su corazón y cuando de noche transportaban a Sergio a la cama, élla le buscaba los pies y los besaba.

Pero entonces Sergio era muy niño y no podía medir la profundidad de estas caricias. Fué ya de hombre que las recordó con los ojos llenos de lágrimas.



Sus pasos hollaron la pradera y dejaron en pos de sí las rosadas margaritas.

TENNYSON.

CANDELARIA era una anciana india de origen guanacasteco, con la piel color de teja, casi negra, de facciones rudas, que guardaba un corazón en el que Dios había puesto todas sus complacencias. Miguel se decía que Candelaria era como los cocos que envuelven su pulpa blanca, azucarada y suave en una cáscara dura y de color terroso.

De joven sirvió en casa de los padres de Jacinta; después se casó y tuvo hijos, pero éstos y el marido murieron. Cuando se casó la niña Cinta a quien viera nacer, se fué con ella y le ayudó a criar sus hijos.

Servía con fidelidad y desinterés. Candelaria era una de esas criaturas que sirven sin rebajarse: su obediencia era aquella que ennoblece a quien la practica. Donde llegaba se hacía luego indispensable: se imponía enseguida, inconsciente y sin hacerlo sentir, dulcemente, porque su corazón estaba casi siempre más alto que el de sus amos. Lo que tocaban sus dedos oscuros y nudosos quedaba en orden y ro-

deado de una aureola de limpieza. Su lengua tosca tenía siempre la palabra que se necesitaba: en la alegría, sabía echar ramilletes de chispas inofensivas como las de la piedra de afilar cuando trabaja; en la ira, era un cántaro de agua que apagaba las llamas; en el dolor, la gota de aceite que calma.

Era una existencia humilde y noble que hacía evocar el verso del poeta inglés: "Sus pasos hollaron la pradera y dejaron en pos de sí las rosadas margaritas." Si a Candelaria le hubieseis dicho ésto, quizá no os hubiese comprendido: ¡Sus pies desnudos, morenos, de planta endurecida, dejando huellas sobre las que nacían flores! Vaya, vaya y qué modo de hablar!

Para los niños era algo tan indispensable como su madre. La llamaban *mama* Canducha. Ella los quería a todos, pero su devoción por Sergio era casi un fanatismo. Cuando murieron sus hijos y su marido, su amor quedó flotando como una hebra de miel en el espacio; un día encontróse con esta vida triste y delicada y allí se prendió y tejió en su torno un capullo de ternura.

Era ella quien acostaba y levantaba al niño; le preparaba sus alimentos y le arreglaba su ropa. Enternecía verla acomodando la gaveta de Sergio: doblaba con primor las camisas, los pañuelos, los cuellos y entre cada pieza metía hebras de raíz de violeta para que oliesen bien.

Jamás se borró de la memoria de Sergio la sensación de bienestar que lo invadía cuando al anoecer lo cogía *mama* Canducha entre sus brazos, y lo llevaba a un rincón de la sala. Allí se sentaba en una poltrona, lo arrullaba y le narraba cuentos. Y los regazos de la anciana le parecían más mullidos que los almohadones de su silla: tenían una suavidad animada y cariñosa de la que carecía el terciopelo de aquéllos.

Gracia y Merceditas sentábanse a los pies de ella, en los pequeños taburetes de asiento de cuero que les hiciera Miguel. Entonces les relataba los cuentos de "El Tonto y el Vivo", de "La Cucarachita Mandinga", y las aventuras de Tío Conejo, Tía Zorra y Tío Coyote y jugaban la Pisi pisi gaña y el Pisote. Y cuando la cabeza de Sergio se abatía sobre su seno y la de las niñas sobre su regazo, entonaba canciones ingenuas al son de las cuales dormitaban los niños:

Ay! Quién fuera perro negro
negro como el sapoyol,
pa meterme en tu cocina
y robarte el nistayol.

Y luego:

La Virgen lavaba,
San José tendía,
el niño lloraba,
Joaquín lo mecía.

Los niños tejían ensueños con estos versos mientras dormitaban. Sergio veía a la Virgen con su túnica celeste arremangada, lavando en una quebrada. Se había puesto el sombrero de paja con que Canducha se cubría la cabeza para ir a tender la ropa al potrero. San José le había suplicado que le tuviese su vara florecida para colgar comodamente las camisitas blancas. El Niño dormía entre una sábana suspendida a modo de hamaca en el aguacate del potrero, llegaba un perro negro, negro como el sapoyol y ladraba: el Niño despertaba asustado... Pero el Niño era él, Sergio que pegaba un brinco... Mas, como se veía entre los brazos de Canducha, sonreía ya tranquilo, lleno de confianza. Sólo con ella no tenía Sergio aquel trato paternal que daba a los otros. Con Candelaria tomaba un aire de chiquillo *consentido*. En sus brazos se hallaba seguro, y no tenía miedo de nada ni de nadie.

¡Cómo me cautiva y conmueve esta escena con todos los detalles que la componen! El viejo afilador de faja triste y mentón anguloso, con su ropa usada y su largo delantal de cuero!

WALT WHITMAN.

"Chispas emergidas de la rueda"

Y entre la ronda de afectos que velaban en torno de la silla de ruedas de Sergio, estaba el de Miguel, el viejo Miguel de apellido tan extraño, que nunca lo pudieron pronunciar estos amigos suyos para quienes tan querido fuera.

He aquí como conoció Sergio cuando tenía seis años, a Miguel:

Fué en una mañana de temporal, de esos temporales que se estilan en nuestro país a fines de octubre. El niño miraba interesado una cuadrilla de peones que trabajaba en el arreglo de la calle, entre los cuales le había llamado la atención un hombre con la cabeza cubierta por un gran casco verde, desteñido y sucio. Dejaba caer el mazo con desgano y de rato en rato se detenía como si le faltasen las fuerzas.

El cuadro de estos hombres cubiertos de ba-

ro, empapados y vistos a través de la lluvia lo entristeció. Al respirar, les salían nubes de vapor por la nariz y por la boca.

¿Porqué la figura del hombre del casco le sacó lágrimas?

Imaginó que el trabajador estaba muy cansado. Si a él, Sergio, no le diese vergüenza, los llamaría a todos y le pediría a *mama* Canducha que les ofreciese una taza de café... pero le diría al oído que a aquel hombre del sombrero extraño, se lo trajese en su jarrito de porcelana con un ángel pintado. Lo llamaba con el corazón:—"Venga Ud! Venga Ud. acá! Yo sufro mucho al mirar sus zapatos embarreados y su camisa hecha una sopa".

El hombre del casco verdoso dejó su tarea. Miró arriba y abajo en la calle y al percibir al niño, se acercó lentamente. Bajo el casco había un rostro curtido, rodeado por una barba espesa y rubia entre la cual la vejez sembraba ya su plata; los ojos eran azules y desalentados.

El corredor estaba en alto y rodeado de una baranda cubierta de enredaderas, y por esto no podía ver sino la cabeza del muchacho. Quitose el casco con humildad y pidió con acento extranjero muy marcado, un vaso de agua.

Cuando Sergio lo vió acercarse, se puso a temblar. ¿Acáso había escuchado la voz de su corazón? ¿Un vaso de agua? ¿Cómo decirle que no podía ir a traerlo? Fué ésta una de las veces que en su vida, echó de menos sus piernas, con ansiedad dolorosa. Pocas impresiones ahondaron tanto en su ánimo.

Quedóse contemplando al extranjero en silencio, con los ojos muy abiertos. El hombre pensó que no le comprendía y se alejó.

Un momento después, sus hermanitas lo encontraron sollozando. Acudieron la madre y *mama* Canducha. Costó mucho consolarlo y que dijese la causa de su llanto.

El hombre había vuelto a su trabajo. Candelaria fué en busca suya y le contó lo que pasaba. Lo hicieron entrar y sentarse al lado de Sergio quien quiso darle con sus propias manos el vaso de agua. El hombre tuvo que convenir en tomar leche caliente en el jarrito de Sergio. Al despedirse le acarició la cabeza y lo miró largamente con sus ojos tan tristes y tan bondadosos. Sergio lo miró también.

Las miradas son las palabras de las almas que palpitan cuando la emoción las extremece.

¿Qué se dijeron la de aquel desconocido y la de aquel niño? Por ellas, como por un puente maravilloso pasaron ambos, y después de abrazarse en el encuentro, se metió cada uno hasta el corazón del corazón del otro.

Otro día vino a traerle unos graciosos muñequillos de madera muy bien labrados. Nunca juguete alguno le había dejado la alegría de aquéllos.

Los días fueron pasando y la cuadrilla se fué a trabajar a otra calle, pero todas las mañanas, Miguel, el hombre del casco verde, venía a visitar a Sergio. Los domingos llegaba temprano y ésto era una fiesta para el chiquillo. El desconocido habíase granjeado el cariño de todos. Con cosas humildes como briznas de hierba, se construyó en aquella casa un nido de afecto: labraba para los niños en pedacillos de madera que juntaba en cualquier parte, juguetes artísticos e ingeniosos; podaba las plantas del jardín e hizo unos injertos en unos rosales, que traían intrigados a los chiquillos y a Candelaria. A ésta le llenó la cocina de comodidades, abriéndole alacenas y colgándole estantes por dondequiera, lo cual encantó a la viejecilla, porque así tenía donde acomodar cuanta lata y botella se le ponía al frente.

Los niños entregáronse a él con la confianza con que se dá la infancia a lo que es sencillo como ella.

Un día Miguel no llegó y pasó toda la sema-

na sin tenerse noticias suyas. La lavandera fué quien las trajo el domingo, cuando llegó con la ropa:

—El señor extranjero que ella viera en la casa en otras ocasiones, había sido llevado al hospital, ardiendo en calentura y malo del sentido.—Vivía en su mismo patio, y ella había recogido en su casa sus haberes que consistían en un violín entre su caja y un motetillo de ropa. El pobre ni cama tenía, que dormía sobre unas tablas.

La pena de Sergio fué muy grande. Cinta tuvo que prometerle que lo dejaría ir a ver a Miguel el día de entrada, en el Hospital de San Juan de Dios.

Candelaria lo llevó. Gracia y Merceditas le enviaron golosinas, Cinta una botella de vino y él hizo que le cortaran todas las violetas del jardín.

Llegaron al Hospital. Aquel recinto de dolor fué una revelación penosa para este pequeño corazón. Ansioso buscaba entre los rostros marchitos por la enfermedad, el de su amigo. Había gentes que entraban y salían y de la boca de los enfermos que eran visitados por el cariño, brotaba una sonrisa tibia que hacía pensar en esas columnitas de humo que suben de las chozas, lo que indica que en el pobre hogar hay fuego.

Miguel ocupaba una cama en el fondo del salón. Cuando llegaron sus amigos, tenía la cara vuelta hacia la pared. Tal vez la volviera en un minuto de supremo desconsuelo, al ver pasar sobre él tantas miradas indiferentes, que resbalaban sobre su corazón como gotas de agua sobre una superficie engrasada. De pronto sintió que algo como un rayo de sol había tocado su cuerpo y se volvió. Sus ojos se encontraron con la mirada de Sergio que se adelantaba a su dueño cual un mensajero alado.

Se abrazaron. Las lágrimas de Sergio moja-

ron la barba del viejo. Miguel no se cansaba de contemplarlo. Cinta le había puesto su traje de terciopelo negro con cuello blanco, y bajo el sombrero de fieltro negro, asomaba su rostro pálido enmarcado entre la espesa melena de su cabello lacio. Los ojos de los enfermos que ocupaban la sala, siguieron con delicado interés aquella figura infantil, bella y triste, hundida entre los almohadones de una silla de ruedas con dorados y molduras, y con las piernas cubiertas por una piel valiosa.

Por la ventana abierta entraba el sol. Había en los jardines árboles de dama florecidos, y el aire llegaba hasta ellos saturado con el perfume delicado de esta flor. Las campanas de la Merced repicaban alegres y cuando su algarabía mística cesaba se oían los yigüirros que cantaban entre los árboles del Asilo de Chapuí. Después de la llegada de sus amigos, Miguel sintió todo ésto. Antes, el pobre viejo no había notado ni el sol, ni el perfume, ni la música de las campanas y de los pájaros. Comió sonriendo las golosinas de las niñas y bebió un trago a la salud de Cinta. Les enseñó un barquito que labraba en un pedazo de madera, para Sergio. Rieron y conversaron y los otros enfermos se extrañaron al ver tan alegre al extranjero que siempre estuviera metido en un silencio triste. Prometió ponerse bueno pronto, y terminar el barco que Sergio no se cansaba de admirar, para llevárselo y que jugara con él en la pila del jardín.

Sonó la campana de salida. Fué preciso partir. En los ojos de Miguel temblaba una lágrima y en su boca una sonrisa cuando vió a Canducha alejarse empujando la silla, cuyas ruedas producían un sonido que era una caricia y una pena para su oído. De la puerta, la anciana y el niño le dijeron adiós con la mano. Entonces dejó caer su cabeza canosa en la almohada cerca del ramillete de violetas que allí dejara Sergio. Y el perfume de estas flores

puso una dulzura infinita en el espíritu de aquel viejo abandonado.

* * *

Sergio convenció a Cinta de que Miguel tenía que venirse a vivir con ellos. ¿Cómo era posible que su amigo siguiera en aquel cuartucho húmedo en donde tenía que dormir sobre una tabla? Entonces, entre las niñas y Candelaria arreglaron una habitación de madera que se había construido en el jardín en tiempo de los temblores. Las personas mayores de la casa llamaban a esta habitación "El Rancho" y los chiquillos "El cuartito de las golondrinas", porque estaba tapizado con un papel claro sobre el que volaban bandadas de golondrinas. Era una pieza alegre y limpia. Tenía una ventana encortinada con una planta de bellísima que metía la alegría de sus flores rosadas hasta donde pusieron el lecho, que la anciana vistió con ropas limpias y olorosas a cedro. De un clavo colgaron los haberes de Miguel: el violín y el hatillo de ropa, que habían hecho traer sin que él lo supiera.

La cabeza infantil de Cinta había gozado preparando la escena de ofrecerle el cuarto a Miguel. Los niños reían y palmoteaban al imaginar lo que haría cuando se encontrase allí con su ropa y su violín.

Por fin una mañana lo vieron entrar lentamente, apoyado en un bordón. La barba le había crecido y parecía más canosa. Los niños que estaban en el jardín, fueron a su encuentro jubilosos. Sergio acudió también porque Mercedes hizo rodar afanosa la silla.

Mientras descansó y se reconfortó, los chiquillos cambiaban miradas maliciosas, y de pronto estallaban en carcajadas que desconcertaban a Miguel. En vano Candelaria los amenazó con los ojos. Cuando habló de retirarse, nadie

deado de una aureola de limpieza. Su lengua tosca tenía siempre la palabra que se necesitaba: en la alegría, sabía echar ramilletes de chispas inofensivas como las de la piedra de afilar cuando trabaja; en la ira, era un cántaro de agua que apagaba las llamas; en el dolor, la gota de aceite que calma.

Era una existencia humilde y noble que hacía evocar el verso del poeta inglés: "Sus pasos hollaron la pradera y dejaron en pos de sí las rosadas margaritas." Si a Candelaria le hubieseis dicho ésto, quizá no os hubiese comprendido: ¡Sus pies desnudos, morenos, de planta endurecida, dejando huellas sobre las que nacían flores! Vaya, vaya y qué modo de hablar!

Para los niños era algo tan indispensable como su madre. La llamaban *mama* Canducha. Ella los quería a todos, pero su devoción por Sergio era casi un fanatismo. Cuando murieron sus hijos y su marido, su amor quedó flotando como una hebra de miel en el espacio; un día encontróse con esta vida triste y delicada y allí se prendió y tejió en su torno un capullo de ternura.

Era ella quien acostaba y levantaba al niño; le preparaba sus alimentos y le arreglaba su ropa. Enternecía verla acomodando la gaveta de Sergio: doblaba con primor las camisas, los pañuelos, los cuellos y entre cada pieza metía hebras de raíz de violeta para que oliesen bien.

Jamás se borró de la memoria de Sergio la sensación de bienestar que lo invadía cuando al anoecer lo cogía *mama* Canducha entre sus brazos, y lo llevaba a un rincón de la sala. Allí se sentaba en una poltrona, lo arrullaba y le narraba cuentos. Y los regazos de la anciana le parecían más mullidos que los almohadones de su silla: tenían una suavidad animada y cariñosa de la que carecía el terciopelo de aquéllos.

Gracia y Merceditas sentábanse a los pies de ella, en los pequeños taburetes de asiento de cuero que les hiciera Miguel. Entonces les relataba los cuentos de "El Tonto y el Vivo", de "La Cucarachita Mandinga"; y las aventuras de Tío Conejo, Tía Zorra y Tío Coyote y jugaban la Pisi pisi gaña y el Pisote. Y cuando la cabeza de Sergio se abatía sobre su seno y la de las niñas sobre su regazo, entonaba canciones ingenuas al son de las cuales dormitaban los niños:

Ay! Quién fuera perro negro
negro como el sapoyol,
pa meterme en tu cocina
y robarte el nistayol.

Y luego:

La Virgen lavaba,
San José tendía,
el niño lloraba,
Joaquín lo mecía.

Los niños tejían ensueños con estos versos mientras dormitaban. Sergio veía a la Virgen con su túnica celeste arremangada, lavando en una quebrada. Se había puesto el sombrero de paja con que Canducha se cubría la cabeza para ir a tender la ropa al potrero. San José le había suplicado que le tuviese su vara florecida para colgar comodamente las camisitas blancas. El Niño dormía entre una sábana suspendida a modo de hamaca en el aguacate del potrero, llegaba un perro negro, negro como el sapoyol y ladraba: el Niño despertaba asustado... Pero el Niño era él, Sergio que pegaba un brinco... Mas, como se veía entre los brazos de Canducha, sonreía ya tranquilo, lleno de confianza. Sólo con ella no tenía Sergio aquel trato paternal que daba a los otros. Con Candelaria tomaba un aire de chiquillo *consentido*. En sus brazos se hallaba seguro, y no tenía miedo de nada ni de nadie.

¡Cómo me cautiva y conmueve esta escena con todos los detalles que la componen! El viejo afilador de faz triste y mentón anguloso, con su ropa usada y su largo delantal de cuero!

WALT WHITMAN.

"Chispas emergidas de la rueda"

Y entre la ronda de afectos que velaban en torno de la silla de ruedas de Sergio, estaba el de Miguel, el viejo Miguel de apellido tan extraño, que nunca lo pudieron pronunciar estos amigos suyos para quienes tan querido fuera.

He aquí como conoció Sergio cuando tenía seis años, a Miguel:

Fué en una mañana de temporal, de esos temporales que se estilan en nuestro país a fines de octubre. El niño miraba interesado una cuadrilla de peones que trabajaba en el arreglo de la calle, entre los cuales le había llamado la atención un hombre con la cabeza cubierta por un gran casco verde, desteñido y sucio. Dejaba caer el mazo con desgano y de rato en rato se detenía como si le faltasen las fuerzas.

El cuadro de estos hombres cubiertos de ba-

rro, empapados y vistos a través de la lluvia lo entristeció. Al respirar, les salían nubes de vapor por la nariz y por la boca.

¿Porqué la figura del hombre del casco le sacó lágrimas?

Imaginó que el trabajador estaba muy cansado. Si a él, Sergio, no le diese vergüenza, los llamaría a todos y le pediría a *mama* Canducha que les ofreciese una taza de café... pero le diría al oído que a aquel hombre del sombrero extraño, se lo trajese en su jarrito de porcelana con un ángel pintado. Lo llamaba con el corazón:—“Venga Ud! Venga Ud. acá! Yo sufro mucho al mirar sus zapatos embarreados y su camisa hecha una sopa”.

El hombre del casco verdoso dejó su tarea. Miró arriba y abajo en la calle y al percibir al niño, se acercó lentamente. Bajo el casco había un rostro curtido, rodeado por una barba espesa y rubia entre la cual la vejez sembraba ya su plata; los ojos eran azules y desalentados.

El corredor estaba en alto y rodeado de una baranda cubierta de enredaderas, y por esto no podía ver sino la cabeza del muchacho. Quitose el casco con humildad y pidió con acento extranjero muy marcado, un vaso de agua.

Cuando Sergio lo vió acercarse, se puso a temblar. ¿Acáso había escuchado la voz de su corazón? ¿Un vaso de agua? ¿Cómo decirle que no podía ir a traerlo? Fué ésta una de las veces que en su vida, echó de menos sus piernas, con ansiedad dolorosa. Pocas impresiones ahondaron tanto en su ánimo.

Quedóse contemplando al extranjero en silencio, con los ojos muy abiertos. El hombre pensó que no le comprendía y se alejó.

Un momento después, sus hermanitas lo encontraron sollozando. Acudieron la madre y *mama* Canducha. Costó mucho consolarlo y que dijese la causa de su llanto.

El hombre había vuelto a su trabajo. Candelaria fué en busca suya y le contó lo que pasaba. Lo hicieron entrar y sentarse al lado de Sergio quien quiso darle con sus propias manos el vaso de agua. El hombre tuvo que convenir en tomar leche caliente en el jarrito de Sergio. Al despedirse le acarició la cabeza y lo miró largamente con sus ojos tan tristes y tan bondadosos. Sergio lo miró también.

Las miradas son las palabras de las almas que palpitan cuando la emoción las extremece.

¿Qué se dijeron la de aquel desconocido y la de aquel niño? Por ellas, como por un puente maravilloso pasaron ambos, y después de abrazarse en el encuentro, se metió cada uno hasta el corazón del corazón del otro.

Otro día vino a traerle unos graciosos muñequillos de madera muy bien labrados. Nunca juguete alguno le había dejado la alegría de aquéllos.

Los días fueron pasando y la cuadrilla se fué a trabajar a otra calle, pero todas las mañanas, Miguel, el hombre del casco verde, venía a visitar a Sergio. Los domingos llegaba temprano y ésto era una fiesta para el chiquillo. El desconocido había granjeado el cariño de todos. Con cosas humildes como briznas de hierba, se construyó en aquella casa un nido de afecto: labraba para los niños en pedacillos de madera que juntaba en cualquier parte, juguetes artísticos e ingeniosos; podaba las plantas del jardín e hizo unos injertos en unos rosales, que traían intrigados a los chiquillos y a Candelaria. A ésta le llenó la cocina de comodidades, abriéndole alacenas y colgándole estantes por dondequiera, lo cual encantó a la viejecilla, porque así tenía donde acomodar cuanta lata y botella se le ponía al frente.

Los niños entregáronse a él con la confianza con que se dá la infancia a lo que es sencillo como ella.

Un día Miguel no llegó y pasó toda la sema-

na sin tenerse noticias suyas. La lavandera fué quien las trajo el domingo, cuando llegó con la ropa:

—El señor extranjero que ella viera en la casa en otras ocasiones, había sido llevado al hospital, ardiendo en calentura y malo del sentido.—Vivía en su mismo patio, y ella había recogido en su casa sus haberes que consistían en un violín entre su caja y un motetillo de ropa. El pobre ni cama tenía, que dormía sobre unas tablas.

La pena de Sergio fué muy grande. Cinta tuvo que prometerle que lo dejaría ir a ver a Miguel el día de entrada, en el Hospital de San Juan de Dios.

Candelaria lo llevó. Gracia y Merceditas le enviaron golosinas, Cinta una botella de vino y él hizo que le cortaran todas las violetas del jardín.

Llegaron al Hospital. Aquei recinto de dolor fué una revelación penosa para este pequeño corazón. Ansioso buscaba entre los rostros marchitos por la enfermedad, el de su amigo. Había gentes que entraban y salían y de la boca de los enfermos que eran visitados por el cariño, brotaba una sonrisa tibia que hacía pensar en esas columnitas de humo que suben de las chozas, lo que indica que en el pobre hogar hay fuego.

Miguel ocupaba una cama en el fondo del salón. Cuando llegaron sus amigos, tenía la cara vuelta hacia la pared. Tal vez la volviera en un minuto de supremo desconsuelo, al ver pasar sobre él tantas miradas indiferentes, que resbalaban sobre su corazón como gotas de agua sobre una superficie engrasada. De pronto sintió que algo como un rayo de sol había tocado su cuerpo y se volvió. Sus ojos se encontraron con la mirada de Sergio que se adelantaba a su dueño cual un mensajero alado.

Se abrazaron. Las lágrimas de Sergio moja-

ron la barba del viejo. Miguel no se cansaba de contemplarlo. Cinta le había puesto su traje de terciopelo negro con cuello blanco, y bajo el sombrero de fieltro negro, asomaba su rostro pálido enmarcado entre la espesa melena de su cabello lacio. Los ojos de los enfermos que ocupaban la sala, siguieron con delicado interés aquella figura infantil, bella y triste, hundida entre los almohadones de una silla de ruedas con dorados y molduras, y con las piernas cubiertas por una piel valiosa.

Por la ventana abierta entraba el sol. Había en los jardines árboles de dama florecidos, y el aire llegaba hasta ellos saturado con el perfume delicado de esta flor. Las campanas de la Merced repicaban alegres y cuando su algarabía mística cesaba se oían los yigüirros que cantaban entre los árboles del Asilo de Chapuf. Después de la llegada de sus amigos, Miguel sintió todo ésto. Antes, el pobre viejo no había notado ni el sol, ni el perfume, ni la música de las campanas y de los pájaros. Comió sonriendo las golosinas de las niñas y bebió un trago a la salud de Cinta. Les enseñó un barquito que labraba en un pedazo de madera, para Sergio. Rieron y conversaron y los otros enfermos se extrañaron al ver tan alegre al extranjero que siempre estuviera metido en un silencio triste. Prometió ponerse bueno pronto, y terminar el barco que Sergio no se cansaba de admirar, para llevárselo y que jugara con él en la pila del jardín.

Sonó la campana de salida. Fué preciso partir. En los ojos de Miguel temblaba una lágrima y en su boca una sonrisa cuando vio a Canducha alejarse empujando la silla, cuyas ruedas producían un sonido que era una caricia y una pena para su oído. De la puerta, la anciana y el niño le dijeron adiós con la mano. Entonces dejó caer su cabeza canosa en la almohada cerca del ramillete de violetas que allí dejara Sergio. Y el perfume de estas flores

puso una dulzura infinita en el espíritu de aquel viejo abandonado.

* * *

Sergio convenció a Cinta de que Miguel tenía que venirse a vivir con ellos. ¿Cómo era posible que su amigo siguiera en aquel cuartucho húmedo en donde tenía que dormir sobre una tabla? Entonces, entre las niñas y Candelaria arreglaron una habitación de madera que se había construido en el jardín en tiempo de los temblores. Las personas mayores de la casa llamaban a esta habitación "El Rancho" y los chiquillos "El cuartito de las golondrinas", porque estaba tapizado con un papel claro sobre el que volaban bandadas de golondrinas. Era una pieza alegre y limpia. Tenía una ventana encortinada con una planta de bellísima que metía la alegría de sus flores rosadas hasta donde pusieron el lecho, que la anciana vistió con ropas limpias y olorosas a cedro. De un clavo colgaron los haberes de Miguel: el violín y el hatillo de ropa, que habían hecho traer sin que él lo supiera.

La cabeza infantil de Cinta había gozado preparando la escena de ofrecerle el cuarto a Miguel. Los niños resán y palmoteaban al imaginar lo que haría cuando se encontrase allí con su ropa y su violín.

Por fin una mañana lo vieron entrar lentamente, apoyado en un bordón. La barba le había crecido y parecía más canosa. Los niños que estaban en el jardín, fueron a su encuentro jubilosos. Sergio acudió también porque Mercedes hizo rodar afanosa la silla.

Mientras descansó y se reconfortó, los chiquillos cambiaban miradas maliciosas, y de pronto estallaban en carcajadas que desconcertaban a Miguel. En vano Candelaria los amenazó con los ojos. Cuando habló de retirarse, nadie

trató de detenerlo y él sintió con tristeza que más bien parecían desear su partida. Pero, ¿qué significaba la procesión alborozada que salió tras él, y que no se quedó en el corredor de la entrada, sino que lo siguió por el jardín? Mamá Canducha, iba a la retaguardia rodando la silla de Sergio y Gracia corría delante echando al aire sus risas jubilosas.

Sergio dijo:—Venga Miguel, vamos al cuarto de las golondrinas.

Cuando entraron, se quedó intrigado al ver la caja de su violín colgada de la pared al lado de su hatillo.


Sergio le tomó una mano y con voz temblorosa dijo:—Este es su cuarto, Miguel. Nosotros se lo arreglamos. Mamá hizo traer su violín y su ropa.

Miguel se sentó y todos vieron que las manos que se apoyaban en el bordón, temblaban.

Sergio continuó:—¿Se queda Miguel? Todos queremos que viva aquí. Verdad mamá?—Y Canducha dijo:—Es triste vivir así, como un grano de maíz perdido o como los zopilotes que pasan la noche en el primer palo que encuentran. Ya ve, yo era así como me parece que es usted, un ser solo, pero un día entré en esta casa y si ahora me sacaran me matarían, porque aquí sembré el corazón que ha echado raíces hasta entre la tinaja de la cocina. Vea Miguel, yo me imagino que el alma tiene como el cuerpo su sangre, que es el modo de sentir. Y *pa* que lo sepa, que uno no tiene su familia en los que cargan entre su cuerpo su misma sangre, sino en los que cargan entre el alma sus mismos sentimientos.

Miguel contestó sencillamente con voz emocionada:—Me quedo. Y que Dios os lo pague.

La llegada de Miguel señaló una nueva era en aquella casa. Flotó en su interior desde entonces un bienestar más pronunciado. Sus moradores sentían como si se movieran en un ambiente más cómodo. Entre sus manos y las



de Candelaria, todo prosperaba y relumbraba de limpio. El jardín no volvió a tener malas hierbas y los árboles frutales y las plantas de adorno producían maravillosamente desde que Miguel pusiera en ellos sus dedos sabios. Los conejos y las palomas tuvieron casas más cómodas e higiénicas. Durante el invierno, Canducha no tuvo la mortificación de ver caer una gotera. Ayudaba a todos, les prestaba esos mil pequeños servicios, insignificantes y humildes y que hacían en los corazones que lo rodeaban, lo que esas gotitas que caen constantes en un lugar, en el cual acaban por abrir un hueco, aun cuando éste sea una piedra. Candelaria decía que era su mano derecha.

Para Sergio era algo admirable: todo lo sabía y para todo encontraba un camino. Su boca era un tesoro de canciones y de cuentos que contenían mas maravillas que los de mama Canducha. ¡Cuánto soñaba el niño escuchando al anciano cantar en su lengua extranjera! ¡Qué misterioso y admirable era Miguel ensartando aquellas palabras extrañas en hilos de música de ritmo melancólico!

Sus bolsillos eran arsenales de cosas que otros tiraban por inútiles y que él juntaba: pedazos de madera, de hierro, de alambre, retazos de cáñamo, cajas de fósforos, carruchas vacías. Todo ésto era transformado por sus manos, en cestitas, en marcos, en carretoncillos y en otros juguetes que salía a vender en el extremo de una vara. Los más bonitos que fabricaba eran para los niños de la casa. Logró ahorrar con que comprar lo necesario para construir una máquina de afilar. Con ella se iba muchos días desde buena mañana. Ya en la puerta sacaba de su silbato una tonadilla melancólica que despertaba a su amiguito. El sabía lo que gustaba el niño de oirla. Muchas veces Sergio le pedía prestado el instrumento que tenía la forma de una pequeña flauta de Pan, y se pasaba largos ratos, pasando por la

boca de los tubos, sus labios, para que brotaran escalas que ora ascendían como una esperanza o bajaban como una desilusión.

Generalmente en las noches, sobre todo del invierno, mientras Cinta se entretenía en su tocado o en otras cosas, se reunían en la gran cocina. Mama Canducha amasaba, hacía cigarrillos o confeccionaba para los chiquillos alguna golosina, como maíz reventado envuelto en miel. Los granos se esponjaban en el comal y quedaban como azahares abiertos, lo cual les ponía la boca impaciente. Miguel narraba aventuras de su vida o cuentos, mientras trabajaba algún juguete; las llamas crepitaban en el hogar y fuera la lluvia y el viento dejaban caer su inclemencia.

Miguel les contaba por ejemplo que había venido de una tierra muy lejana, muy lejana que se llamaba el Tirol, y que quedaba al otro lado del mar. Su pueblo estaba a orillas de un río inmenso por donde se deslizaba gran número de barcas. Las casas tenían muchas ventanas y como estaban pintadas de verde, amarillo y azul, parecían muy alegres. Y las gentes no se vestían como en Costa Rica: eran unos vestidos pintorescos y alegres como las casas. En su pueblo, los de los hombres llevaban adornos verdes, y en el sombrero una pluma de águila. El, en su juventud fué muy alegre... la gente de su tierra era alegre. Le hubiera gustado que presenciaran las danzas de su país.

A veces quedábase suspenso, silencioso y con los ojos puestos en los leños que ardían. Cuando volvía de su ensimismamiento les decía que entre las llamas había vuelto a ver escenas muy lejanas: él era un niño y en torno de la gran chimenea de la cocina, allá en su casa paterna, estaban reunidas muchas gentes: su madre y sus hermanas mayores, bordaban; él y su hermanita Sava, estaban sentados cerca de un pastor de su padre, un muchacho hermoso y robusto que cantaba aires del Tirol, acompa-

ñándose con la cítara. Sus hermanos labraban en madera de pino los célebres juguetes de su país. ¿Qué había sido de su hermanita Sava tan linda y tan alegre? Tenía un rostro fresco y la risa estaba siempre picoteando en su boca como un pajarillo en una cereza madura. Por éso él gustaba de oír reír a Gracia. Guardaba en su pensamiento la memoria de Sava tal cual la viera la última vez: con su delantalito blanco, su sombrero oscuro diciéndole adiós con su pañuelo, aun creía oír su voz temblorosa que le gritaba desde una colina: "Qué Dios te guíe, hermano." Después fué estudiante, un mal estudiante, porque casi todo su tiempo lo dedicaba al violín. Un maestro célebre de su país le dió lecciones. Mas adelante había una época de su vida que se perdía en algo oscuro y confuso como una noche de muy larga duración. (Se referiría Miguel a una época de locura?) Peregrinó mucho. Un día se encontró en Costa Rica y allí estaba todavía. ¿Qué había sido de los suyos? Si su hermana Sava no había muerto, era ya una anciana. ¿Qué habría sido de la risa que anidaba en su boca? Seguramente voló huyendo del frío de la vejez.



Pasó, que Miguel en los primeros meses, estaba días sin parecer por casa. Cinta y Canducha averiguaron que se embriagaba. Como Cinta se mostrara recelosa y hablara de despedirlo, la anciana le dijo:—Espere hija, que todavía no tenemos queja de su conducta en casa. Bonitos estaríamos, si todos los que están bien con Dios, echaran a la intemperie a los que están en pecado. Y yo le digo a usted mi hija, que los vicios tienen su gracia: sin ellos no se podrían lucir las virtudes. Y mire, pueda que en Miguel lo que haya sea deseo de emborra-

char esa cabanga que a veces se le monta sobre el corazón. Además, no creo que venga nunca a faltarnos: quiere mucho a Sergio y sabe que le daría un gran dolor si se dejara ver en ese estado.

En estas ausencias de Miguel, el niño se ponía triste. Le desvelaba el pensamiento de que a su amigo le ocurriera alguna desgracia. En una ocasión, duró ocho días sin llegar. La ansiedad de Sergio fué tanta, que enfermó: tuvo una excitación nerviosa que alarmó al médico. Miguel volvió y encontró a su pequeño amigo con fiebre. Candelaria le habló:—Mire usted como tiene a mi muchacho. Se nos está muriendo por su culpa. Hace cuatro noches que no lo deja pegar los ojos la idea de que usted talvez está enfermo en alguna parte.

Desde entonces Miguel no volvió a ausentarse.



En las tardes de verano, Miguel llevaba a Sergio a pasear por los alrededores de San José. Gustaba el viejo de buscar los sitios solitarios. Sentábanse a la vera de los caminos y Miguel decía:—Mira el camino, Sergio.—Después cruzaba las manos sobre las rodillas y se quedaba ensimismado con los ojos puestos en aquella faja polvorienta que iba entre la melancolía del crepúsculo, a perderse en lo desconocido. Solían descansar en una eminencia, a ver morir la tarde. Hasta ellos llegaba el rumor de la ciudad y el ruido cansado de las carretas que volvían del trabajo. Los árboles ponían las fantasías que formaba su follaje, sobre el fondo luminoso del poniente y por el lado opuesto comenzaba a caer sobre el cielo, el rocío de las estrellas.

De rato en rato el viejo suspiraba. El niño lo volvía a ver y se sonreían.

Otras veces ibanse a la orilla de un antiguo estanque, un gran depósito de agua que ayudaba en los veranos a mover las máquinas de un beneficio de café. Estaba rodeado de jaules, cipreses y sauces. Era un sitio muy bello, ignorado por casi todas las gentes de la ciudad.

Miguel envolvía a Sergio en sus pieles y lo acostaba sobre el zacate; luego él se tumbaba a su lado.

Las golondrinas atravesaban el encanto de la tarde y volaban como ensueños sobre el agua dormida. Cuando el crepúsculo era dorado, ponía el agua color de miel y las golondrinas que mojaran la punta de sus alas, al remontarse dejaban caer gotas áureas. Las ramas de los sauces cosquilleaban el agua que se estremecía. Los cipreses altos, oscuros y terminados en punta parecían las ruelas de donde salían los hilos que tejían el silencio maravilloso que envolvía este lugar.

Había gusanos en la hierba semejantes a minúsculos carros iluminados.

Al cabo de un rato, comenzaban sus oídos a distinguir la vocecita de un hilo de agua que se deslizaba por aquella quietud como por sobre un lecho de musgo; los grillos abrían en la tranquilidad, agujeros diminutos con su estridular dulce y palpitante. Sergio pensaba al escucharlos y al mirar unas estrellas por el vano que dejaba el ramaje de unos árboles:— para mí es como si aquellas estrellitas al moverse, produjeran esta música.

Luego, al avanzar las sombras, los sapos principiaban su retreta; el niño se decía que el estanque era como un gran tambor sobre el cual los sapos hacían redobles.

En una ocasión, al regresar de su paseo, el anciano tomó su violín.

—Oye, Sergio, voy a tratar de que mi violín cuente lo que sentí en el estanque, cuando las golondrinas pasaban sobre el agua color de

miel, y el canto de los grillos, de los sapos y del agua ponían un ligero temblor en el silencio que nos envolvía. Luego contará del camino perfumado con esa flor que dices se llama tuete, por el que iba solamente el ruido de una carreta y sobre el que brillaban las estrellas.

Esto pasó en "El cuarto de las golondrinas", en el que no había más luz que la de la luna que entraba por la ventana abierta, encortinada con una enredadera. El niño cerró los ojos y en su pensamiento hubo la ilusión de que la claridad plateada que inundaba el jardín, salía de una fuentecilla que brotaba en el violín de su amigo.

Al terminar, no le dijo nada, pero al dirigirse a la casa, el chiquillo habló con voz emocionada:

—Miguel, ¿porqué no me enseña a tocar violín?

La silla se detuvo en medio del jardín y allí, con el corazón lleno de dulce contento hicieron los planes de cómo y cuando comenzarían las lecciones.

* * *

Una mañana Sergio vió entrar a su amigo con un rollo de papel. Estuvo encerrado en su cuarto y por la noche hasta muy tarde, lo oyeron tocar violín. Al día siguiente llevó al niño a su habitación y le enseñó unas páginas de música. Deletreó con trabajo el título: "La Silla de Ruedas de mi Amigo", un paciente y delicado trabajo hecho con tintas de colores.

Miguel le dijo:—Aquí cuento lo que mi corazón sintió allá en el hospital cuando oí acercarse tu silla. Desde entonces sus ruedas, al rodar, no producen en mi oído un ruido sino una música, que es una tristeza y es una ale-

gría. ¿Comprendes? Tal vez no comprendes... No importa, más tarde comprenderás.

Las clases comenzaron. Miguel dió al niño su violín, un antiguo violín hecho con maderas cortadas en los Alpes de su país. Entonces Sergio tenía siete años. Al poco tiempo Miguel estaba orgulloso y admirado de su discípulo. Por sobre la música, su corazón podía corretear con la alegría de un niño sano sobre un campo en primavera. Y no solamente corretear sino volar. Dentro de su cuerpo condenado al recogimiento, su corazón estuvo encerrado como entre un capullo, hasta el día en que la armonía de los sonidos vino a ponerle alas.

Las notas negras que sembraban los pentagramas, fueron para su espíritu como unos guijarritos divinos que le señalaban la senda que llevaba a un palacio encantado.

Era Sergio un ser de aquellos en quienes las sensaciones no pasan leves sobre su sensibilidad. Sus energías prisioneras estaban al acecho, y las asian para exprimir sobre ella todo su jugo.

* * *

Si la silla de Sergio hubiese seguido por la vida, empujada dulcemente por estos cariños, su existencia habría sido una tristeza tranquila y su historia habría terminado aquí.

Las fuerzas que mueven a los hombres, no quieren o no saben distinguir entre unas piernas y unas ruedas, y trataron a Sergio exactamente como si hubiese sido dotado como los otros humanos. Y fueron sucesos adversos a su tranquilidad, los que tiraron de su silla de ruedas y la llevaron por esos mundos de Dios.

Después de todo, acaso el pensamiento de los humanos, no va dentro de su cuerpo, como Ser-

gio en su silla de ruedas? Las circunstancias llevan a cada una de estas sillas de aquí y de allá, ora por caminos llanos e inundados de sol, ora por sendas pedregosas y sumidas en la noche.

* * *

LA familia y las amistades de Cinta, se mostraron muy contentas cuando se casó, porque pensaban y decían que había hecho un buen matrimonio. Sus amigas sentían al considerar su suerte, un si es no es de envidia.

Se casó muy joven, con un hombre ya maduro, un comerciante acomodado. Probablemente ella lo hizo sin amarlo, solamente porque oía decir que era un magnífico partido. La figura de Juan Pablo Esquivel era vulgarota y poco agradable, pero iba bien vestida y ésto bastó a aquel cerebro de pajarillo que jamás se posaba dos segundos en ningún asunto.

El pensamiento de este hombre siempre engolfado en números, no se preocupaba por la vida de sus sentimientos. Así pues, no era afectuoso y su amor por los suyos se manifestaba, rodeándolos de comodidades materiales. Era de los hombres que creen que a una mujer le basta para ser dichosa, con ver su despensa bien surtida y sus armarios repletos de ropa.

Después que nació Merceditas, compró una hacienda de bananos en la Línea y no quiso llevarse a su familia, pretextando la insalubridad del clima.

Venía de tarde en tarde a su hogar y cada semana escribía a Cinta una tarjeta con frases de molde, sin una inflexión de ternura.

Un día ella supo que vivía en la finca con una mujer que también le daba hijos. Al prin-

cipio la noticia la apenó. Después su juventud y su ligereza arrancaron sin gran trabajo esta espina. Cinta se dedicó a sus chiquillos sobre todo a Sergio. Hacían una vida tranquila, en una casita rodeada de jardines, en los alrededores de la ciudad.

Los niños y Cinta acabaron por acostumbrarse a la indiferencia de Juan Pablo. Gracia era la única que se atrevía a acercarse a él cuando llegaba. Las caricias que de cuando en cuando daba a sus hijos, no habían sido empapadas en ternura, eran secas y quedaban a flor de piel.

En su presencia, el ánimo de Sergio se encogía como las hojas de la adormidera cuando las toca algo duro. Siempre hablaba al chiquillo con una protección llena de lástima que lo maltrataba... algo así como esa sonrisa de condescendencia que hay en los labios de un poderoso, cuando mete la mano en su bolsillo para buscar la moneda que va a dar a un mendigo. Tenía un modo de darle golpecitos en la cabeza con un:—¡“Pobre hijo mío”!—que caía en el corazón del niño lo mismo que una limosna que no hubiese pedido.

Sergio dijo un día a Canducha, al ver a su padre salir de la casa para regresar a la finca:—Qué dicha que se va, yo no lo quiero!

La anciana le respondió con cariñosa severidad:

—Procure no sentir así, mi hijito, que es su padre. Cada uno es como Nuestro Señor lo hace.



V

NO habéis pensado alguna vez, si en ese mismo instante, de algún punto de la tierra, otro ser humano, desconocido, sale con rumbo hacia vosotros para traeros felicidad o dolor?

Un día... Sergio tenía seis años... En el mismo momento en que el niño rodeaba con sus brazos el cuello de su madre, de un puerto de Chile zarpaba un vapor, a bordo del cual estaba un hombre que venía para Costa Rica. Era un ingeniero argentino llamado Rafael Valencia, simpático y joven. Algún tiempo después de estar en el país, se fué a trabajar a la Línea del Atlántico, en la construcción de unos puentes. Allí conoció a Juan Pablo y se hizo muy amigo suyo. Con él, vino a San José y visitó su hogar. El fué el padrino de Mercedes. Mas tarde se estableció en la capital y frecuentó la casa.

Rafael Valencia se enamoró de Cinta y la pobre mujer joven y abandonada de su marido, no tuvo un corazón fuerte para resistir la tentación. Su pensamiento ligero como una pluma, no podía bajar al fondo de su conciencia a medir la profundidad de su acto. Se dió entera al sentimiento nuevo que la embriagaba y la colmaba de dicha. Y las manecitas de sus hijos no pudieron librarla. Tal vez los hijos de un hombre amado sí habrían constituido una fortaleza en la cual ella resistiera al

asalto del amor, la fuerza mas poderosa y mas ciega que tiene la vida.

* * *

Una noche se hallaba Sergio con Miguel, en su cuarto. La habitación estaba a oscuras. El viejo cansado de narrarle cuentos se había dormido. El niño sentado cerca de la ventana se entretenía con el rumor de la acequia que atravesaba el jardín. El imaginaba que la voz del agua iba murmurando:—Adiós Sergio, Merceditas, Gracia.

Oyó pasos y la voz de su madre y la de un hombre.—¡ Ah! era el padrino!

Gracia y él llamaban a Rafael Valencia "padrino" por imitar a Merceditas. Tuvo intenciones de gritar:—mamá, ajá, tánto que te has estado en tu paseo... Ven llévame...

Pero luego pensó que se iba a quedar haciéndose el zorrillo, para que ella lo buscara. Si lo llamaba, no le contestaría...

Los vió pasar. El padrino la llevaba abrazada. Se detuvieron y la besó. Ella dijo:—"No, no, déjame que viene Canducha..."

En efecto la anciana descendía las gradas del corredor. Seguramente venía en busca de Sergio.

El niño los vió esconderse entre la glorieta de flor de verano.

Algo como una pena, le apretó la garganta. Su pequeño corazón tuvo un deslumbramiento doloroso.

¿Qué pasó entre esta cabeza de nueve años? ¿Comprendió? Quizá la espina de la malicia hizo un desgarrón en su inocencia, porque cuando su silla empujada por Canducha, pasó frente a la glorieta, él no dijo nada ni después habló a nadie de aquello.

También desde esa noche se mostró esquivo

con Rafael Valencia, no volvió a llamarlo "padrino" y este nombre no fué sustituido por otro. Y en una ocasión en que Rafael quiso acariciarlo, le dijo irritado:—No me gusta que Ud. me toque!—

Cinta, lo sorprendió muchas veces, mirándola de un modo extraño... que no podía precisar si era de tristeza o de reproche.

Un día Cinta comprendió que iba a ser madre de un hijo de Rafael Valencia. Sabía que no podía engañar a su marido. Pensó irse al campo, a un lugar retirado. Allí nacería, lo daría a criar y después de un tiempo, ya en la ciudad, haría entrar a su hijo en su casa, como un recogido.

Escribió a su marido diciéndole que estaba enferma y que se iba al campo con los niños. Desgraciadamente para éstos, a Juan Pablo se había presentado un comprador de su finca. La venta significaba un negocio espléndido. Así pues, contestó a Cinta que dejara su viaje para más adelante porque pensaba regresar a la capital en donde se establecería con un negocio.

Al mismo tiempo Rafael Valencia era llamado del Perú para que trabajase en la dirección de unas minas.

Propuso a Cinta que se fuese con él y Cinta encontrándose en un callejón sin salida, saltó sobre el tierno vallado que ante su corazón formaban Gracia, Sergio y Merceditas.

De muy lejos, de un punto hacia el meridión de la América del Sur, salió un día, y en el mismo instante en que Sergio rodeaba con sus brazos, riente y cariñoso, el cuello de su madre, quien impulsaría su silla de ruedas por otra senda que no se parecía a aquella por la cual la llevaban las manos de Cinta, de Canducha, de sus hermanitas y de Miguel.

Sergio recuerda

CUÁNTOS años han transcurrido desde aquellos días! Sin embargo, nada de lo que en ellos pasó, se ha perdido. Recorro estos recuerdos, como una galería de cuadros que yo mismo colgué hace largo tiempo. Nada se ha borrado: aquí están las figuras moviéndose entre los claro-oscuros, las luces y las sombras que dejó en el lienzo el pincel creador; detalles que pasaran desapercibidos para mi perspicacia infantil, resaltan ahora llenos de vigor. El tiempo al correr los ha tocado con su pátina de melancolía y resignación.

Me detengo como si yo no fuera Sergio, ante cada uno de los Sergios sentados en su silla de ruedas, que forman la larga fila doliente que comenzó en una mañana en que el techo que cubría mi corazón se derrumbó, fila que se pierde en lo desconocido. Y cada uno me parece una de las cuentecillas de un collar, engarzadas en un hilo de tristeza. Bien es verdad que a veces sobre algunas de ellas, la luz de una ilusión se quiebra y enciende sonrisas irisadas. Como serán las que faltan por ensartar? Tendrán la forma de una pasionaria o de una lágrima?

* * *

Es en la sala de mi casa paterna, en el rincón favorito. Mamá cose a la luz de la lámpara.

Sobre la mesa hay un florero semejante a un tallo fino de cristal, adornado con una rosa encarnada que corté para mamá, en la mañana, de uno de mis rosales. Yo he apoyado mi frente en su hombro; a mis pies, Merceditas se entretiene en recortar las figuras de un libro de modas. Mis manos acarician su cabecita. Gracia estudia su lección de piano. En el gran espejo del fondo, se repite la escena. La luz se irisa en los biseles y la rodea de un encanto inefable. Allí estoy yo, sentado en mi silla. Me sonrío a mi mismo... siento cariño y compasión por ese muchacho pálido que no puede caminar. Le hago una seña amistosa con la mano y él me contesta con otra. Me parece que aquél es otro mundo donde el ambiente es mas luminoso. Aquella es mamá. Con el pensamiento repito esta palabra: "mamá", y tengo la revelación de lo que ella significa en mi vida. Mi frente está apoyada en su hombro y su respiración me mece... Sigo repitiendo dentro de mí: "mamá, mamá".

¿Y Merceditas? Veo su perfil gracioso inclinado, atentos los ojos al papel que sus manos recortan, con las tijeronas de mama Canducha. El esfuerzo la ha hecho sacar la puntita de su lengua. Sobre la espalda están sus dos trenzas que dan a su figura ese aire que tiene de sencillez y de tranquilidad. Por la mano que tengo apoyada en su cabeza, sube una dulzura tibia que se me entra al corazón como un rayo de sol. Merceditas siempre está a mi lado. Hasta ahora no caigo en ello: calladita y servicial, atenta a mis palabras y a mis miradas, poniendo cerca de mis piernas el calor lleno de ternura de su cuerpo.

Quiero enderezarme para besarla, pero el temor de que el encanto que me invade mientras miro la escena en el espejo, se rompa, me deja inmóvil.

Allí esta Gracia que estudia su lección de piano. Sólo miro su espalda cubierta con el

hermoso manto de sus colochos oscuros que le caen hasta la cintura. ¡Qué alegre es mi hermanita Gracia! Por bulliciosa, yo la llamo Campanilla. Mama Canducha dijo un día que tatica Dios había sembrado en su corazón una mata de alegría que salía a echar racimos de carcajadas por su boca. ¡Cuánto la quiero! Si mis piernas sirvieran, me acercaría en puntillas y le metería una pajilla entre una oreja ¡Cómo gritaría y reiría! Creo ver el estremecimiento de sus colochos, e irrumpo en una carcajada. El encanto se ha roto: Merceditas levanta sus ojos y me mira interrogadora. Al verme reír, ríe también. Mamá dice:—Estás loco, Sergio?

El reloj de bronce de la consola da las ocho. (Muchas veces en mi vida he soñado que lo oigo dar las horas con su voz musical. Sobre él, había un peregrino de barba dorada, con su morral a la espalda y apoyado en su bordón. Mis hermanitas y yo le habíamos hecho una historia al peregrino del reloj).

Mamá se pone inquieta. Cada rato deja la costura y suspira. Mi cabeza que ha vuelto a descansar en su hombro se resiente de esta inquietud. Oímos pasos en el jardín y ella abandona bruscamente el asiento, sin cuidarse de mi cabeza que se golpea en la madera del respaldo. Me quejo, pero ni el ruido seco que ha producido el golpe, ni mi lamento, la hacen detenerse. Yo comprendo: es que "aquel hombre", viene. Merceditas deja su pasatiempo, se acerca y pasa su mano por mi frente dolorida.

Mamá entra con "aquel hombre". Llama a Candelaria para que me lleve y manda las niñas a acostarse. Mama Canducha me lleva en sus brazos aun cuando ya soy muy grande. ¡Qué bienestar he hallado entre ellos! Como me siente temblar de frío, ha ido a calentar mi camisa de dormir. Al ponérmela me llega el perfume de la chirraca. Yo comprendo que ella puso entre las brasas que calenta-

ron mi vestido, estillitas de chirraca para que oliera bien. Me quedo contemplándola y el encanto que me invadió ante el espejo, vuelve. Mama Canducha está sentada al borde de mi cama y reza conmigo "El Bendito" y "La bendita sea tu pureza". Yo repito maquinalmente las oraciones y la miro: su rostro moreno y arrugado, rodeado por el pañuelo de colores que le pasa bajo las trenzas y se anuda en la frente dejándole al descubierto el cabello, es tan querido para mí!... No me puedo contener, la abrazo y le doy muchos besos. —Tenga jundamento, mi muchachito—dice su voz cariñosa. Me arropa bien y hace la señal de la cruz sobre mi frente.

No puedo dormir. El viento del verano que ha vuelto, pasa y agita con fuerza los árboles del jardín. Las ventanas y las puertas tiemblan. Recuerdo que mama Canducha dijo esta mañana que "habían rompido los nortes"—La voz del viento me da tristeza. El golpe de la frente me duele, y pienso en que mamá no me quiere y un nudo me aprieta la garganta. Por la puerta abierta entra a acompañarme el murmullo de la respiración de mis hermanitas que duermen en la habitación contigua.

Muy tarde, entra mamá. Se acerca en puntillas y creyéndome dormido se inclina sobre mí y me besa. Una lágrima cae sobre mi frente. Rodeo su cabeza con mis brazos y la atraigo hacia mí. Todo el resentimiento se desvanece. Le pregunto ansioso: —Porqué llora mamá? Es que "aquel hombre le ha hecho algo?—A esta idea una inmensa rabia me invade. Niega con un ademán. Solloza como un niño y sus colochos negros tiemblan sobre mi rostro.—¿Verdad que nunca me olvidarás?—me pregunta al oído. Se arrodilla a mi lado y recuesta su cabeza en la almohada, al lado de la mía. Lleno de confianza, sintiendo que me quiere como antes, me quedo dormido.

El ruido de la verja que se abre y se cierra me despierta. La luz del día entra ya por la ventana. Busco junto a mí, a mamá... Vaya! ¡Que tonto soy! Si ya es de día y anoche fué que ella estuvo arrecostada en mi almohada. Oigo partir un coche...

Gracia y Merceditas se han levantado. Las oigo preguntar por mamá. Pasa mucho rato y yo no escucho su voz ni su andar menudo. ¿Adónde habrá ido tan temprano? Mama Canducha entra a vestirme; también le pregunto por mamá, y me responde que ha salido, talvez a misa, no sabe con seguridad. Hay algo en el semblante de mi viejita, que me intranquiliza. La mañana es muy fría y ella me deja en el corredor inundado de sol. Mi gatita Pascuala viene a jugar conmigo, pero yo no tengo ganas; Adónde habrá ido mamá? Ella nunca sale tan temprano. Miguel se queda en la casa. ¿Porqué no sale con su máquina de afilar, como siempre? Toda la mañana la pasa en conferencias en la cocina con mama Canducha. En los dos viejos hay un no se qué de extraño, que me inquieta.

Muy lejos, en un cuartel, los clarines tocan las doce. El sonido del pito de un taller hiende la deslumbrante claridad del mediodía. Porqué estos sonidos que he oído tantas veces, me producen hoy congoja o tienen para mí un sabor de helada zozobra? El día avanza y mamá no vuelve. Cada rato interrogamos: —Adónde habrá ido mamá? ¿Porqué no vuelve? ¿Le habrá pasado algo?—En vano Miguel y Candelaria tratan de calmarnos. Hay en su voz cierto dejo que me hace mirarlos receloso. Los tres chiquillos no abandonamos la cocina y acechamos las caras de Miguel y de Canducha a quien sorprende enjugándose los ojos a la descuidada—Porqué llora mama Canducha?—Adió! Si es el humo...—Pero ella está lejos de la estufa y en la pieza no se ve la menor nubecilla de humo.

Llega la noche y nos vamos a la sala. El sillón de mamá está vacío. Sobre la mesa veo su cestita de labor abierta. Entre ella quedó su pañuelo que cojo sin que me noten, y lo beso. Siento el perfume de clavel que siempre hay en su ropa. La rosa encarnada del florero se ha marchitado y su corola pende sin vida; algunos de sus pétalos están al pie del vaso. La luz de la lámpara parece más oscura... Es para mí como algo bullicioso que de pronto hubiese enmudecido. En el espejo se refleja una escena triste: Gracia y Merceditas están a mi lado. Tienen la cabeza inclinada y al verlas pienso en la rosa que pende mustia en el florero. Yo no me sonrío a mí mismo como anoche y el muchacho que me mira del fondo del espejo, debe tener una pena en el alma. Ráfagas de llovizna, golpean los cristales de las ventanas. El reloj de bronce de la consola deja caer sus gotas musicales, en la acongojada quietud de la habitación; sobre él se destaca la figurita cansada del peregrino en su eterna actitud de marcha.

Así hemos oído las ocho, las nueve, las diez... Mamá no vuelve...

Cuando mamá Canducha me coge en sus brazos para llevarme a la cama, estallo en sollozos.

* * *

Mamá Canducha, procura envolvernos con su ternura, y mi dolor se refugia en ella como en un nido forrado en pelusa y algodones. Su rostro casi negro, su rostro que para mí ha sido lo más blanco que he encontrado en mi camino, tiene una expresión de angustia que su deseo de no vernos sufrir no logra ocultar. Miguel no ha vuelto a salir con su máquina de afilar, no me abandona. En vano su cuchilla ha hecho primores en madera, y su boca

narrado maravillas... Ninguno de los tres le atiende. El violín está callado como el buen amigo que pone su amor silencioso y rebosante de emoción, a la vera de nuestra pena. Aquí está Merceditas, sentada como siempre a mis pies, con la cabeza inclinada, apretando su cuerpo contra mis piernas muertas. Sus dedos de ordinario tan diligentes, están ociosos...

¿Y Gracia? Aquí está también. Desde que mamá se fué, el peine no ha vuelto a entrar en esta cabeza en la que se dijera que ha habido una lucha. Tiene así, con el pelo alborotado un aspecto salvaje. Casi no ha vuelto a hablar, ella que jamás tenía el pico cerrado. Ha venido a tirarse en el suelo, junto a mí y se ha puesto a llorar. Al cabo de un rato hace algo que me pone a sonreír a pesar de mi tristeza: en los pocitos que han dejado sus lágrimas, moja un dedo y dibuja flores, perfiles humanos, animales. Por último procura que las gotas que siguen manando de sus ojos, se alinien de modo que formen la palabra, *mamá*.

¡Pobrecita mi hermana Campanilla! ¡Pobre corazón alegre que encuentra medio de jugar con su llanto!

* * *

Tres días después de que mamá se ha ido, llega papá. Nos da un beso que nos roza apenas. Al verlo, el frío que tengo desde que ella no está, se hace más intenso. Deja su balija y vuelve a salir sin hablarnos. Regresa en la noche, y nos halla en la sala, en el rincón donde a menudo pasábamos con ella la velada. Se sienta en un sillón y comienza a fumar. Luego se levanta y se pasea con aire agitado. A ratos se detiene. Entonces puedo oír el tic-tac del reloj... No sé por qué, tengo la sensación de que voy entre el tiempo como en el carro de un

tren, cuyas ruedas producen ese tic-tac, que me va a dejar en una estación sumida en las tinieblas y en la que no hay nadie.

No me atrevo a mirar a papá frente a frente, pero lo hago por el espejo: tiene la frente arrugada, lo que le da un aspecto hosco.

Gracia se atreve a preguntarle:

—Ud. sabe dónde está mamá?

Nos mira largo rato sin contestar. Ha dejado su paseo y vuelvo a entender la palpitación del reloj. ¡Dios mío! El tren se ha detenido...

Por fin habla:—¡Ustedes no tienen madre!

Yo grito:—¿Le ha pasado algo?—Y Gracia:—¿Es que ha muerto?

El responde:—¡Ojalá hubiera muerto!

Mama Canducha entra y él le dice:

—Candelaria, alistá todo lo de Sergio que se irá a vivir donde Concha.

Sobre todos cae un silencio que nos hace inclinar la cabeza.

Candelaria interroga tímida:

—¿Y las niñas?

—Al Colegio de Sión.

Otra vez el silencio.

La anciana da unos pasos y con acento trémulo:

—Don Juan Pablo, ¿por qué no los deja aquí?... Ud. sabe que los quiero como si fueran míos. Yo se los cuidaré como cosa propia...

A ésto se le responde brutalmente:

—No hay que pensar en éso. Yo no puedo dejar mi casa en poder de sirvientes.

¿Por qué se apaga la lámpara? Sí, el tren se ha detenido en una estación en tinieblas, en la que no hay nadie...

Todo se desvanece en torno mío... Abro los ojos y estoy en mi camita. Mama Canducha me frota la nuca con yerbas aromáticas y mis hermanas me acarician las manos y sollozan. Al pie del lecho, papá me mira con sus ojos que se abren bajo su frente cargada de cólera.

* * *

Es la mañana en que nos sacan de casa, a mí, para llevarme adonde la tía Concha, una hermana de mi padre, a mis hermanas al Colegio de Sión. Salen de su cuarto con su vestido de uniforme, y a mí me parecen otras con su blusita a cuadros negros y blancos, su falda negra y el sombrero también negro de anchas alas. Tienen los ojos hinchados de llorar. Yo procuro mostrarme tranquilo, para darles valor. No vemos a mamá Canducha, porque anoche convenimos con ella en que no nos despediríamos.

Mi padre conducirá a las niñas, a mí, me llevará Miguel. Salimos en silencio. Las ruedas de mi silla chirrían dolorosamente en la arena del jardín. Pido a Miguel que me lleve por el palomar y la conejera. Al pasar veo los conejos que asoman sus hociquillos inquietos que engullen hojas tiernas de churristate. Las palomas arrullan entre sus nidos. Les digo adiós y también a los comemaíces que ya no me temían, al naranjo bajo el cual pasaba las mañanas, al mirto que tiene mi edad, a la glorieta de flor de verano, al "Cuartito de las golondrinas", a la acequia que refresca el jardín y cuya agua siempre he imaginado que pasa murmurando: "Adiós Sergio, Gracia y Mercedes". La verja se lamenta al abrirse y al cerrarse. Recuerdo que hace diez días el quejido de esas bisagras herrumbradas, me despertó muy de mañana... quizá cuando salió mamá! En lo alto de la verja el viento mueve un cartel que dice: "Se alquila con muebles". Ya en la calle vuelvo mis ojos para contemplar mi casita querida. Allí queda con sus grandes corredores tan alegres, de barandas festoneadas con las flores nacaradas, blancas y rojas de los geráneos. Tiene las ventanas cerradas como para no vernos salir y sobre el tejado las palomas alineadas, esponjan al sol

sus plumajes. Mi silla comienza a rodar... Y tras ella siguen mi padre y mis hermanas. Al llegar al recodo del camino, miramos hacia atrás. El techo se asoma sobre los paraísos y los saucos en flor. De la chimenea sale un gironcillo de humo blanco que ondula bajo el azul del cielo y que es como el pañuelo con que nuestro hogar nos dice adiós. En el cucurucho del tejado está mi gatita Pascuala, tan blanca y tan gorda que parece una nubecita coposa que hubiera bajado allí a descansar. Yo pienso que ha subido al tejado para vernos partir. Las palomas levantan su vuelo y pasan sobre nuestras cabezas... y se alejan haciendo giros entre el oro de la mañana y dejan caer sobre la ciudad el rumor de raso de sus alas.

En una esquina nos separamos. No nos decimos nada... Nos besamos largamente... Gracia solloza; Merceditas se cubre la cara con su pañuelo. A papá no lo vuelvo ni a ver... Ellos siguen por la calle de la Estación y mi silla toma rumbo hacia la casa de mi tía Concha.

Encontramos niños que van a la escuela rientes y bulliciosos, con sus libros bajo el brazo. Hay madres en las puertas que amonestan cariñosamente a los pequeños estudiantes y que al partir les dicen con acento tierno:—Que Dios te acompañe.

Mas adelante volvemos a encontrar nuestras palomas que al vernos se han remontado y se han puesto a tejer guirnaldas en torno de una torre. Yo pienso que me vienen acompañando...

* * *

La casa de la tía Concha y del tío José era para mí la estación oscura y desierta, porque ambos me producían la misma indiferencia que producen los lugares en que no hay nada.

Nunca nos habíamos tratado muy de cerca, porque a mamá no le gustaban. Recuerdo haberla oído criticar a su cuñada, por su manía de preguntar el valor de cuanto le caía ante los ojos, aún cuando se tratase de una hebra de hilo.

Al acercarme allí, comprendí que mi indiferencia tendía a buscar el camino de la antipatía. De pronto recordé a Ana María y mi pensamiento imaginó que yo era un insectillo que había encontrado un brotecito verde en medio de un arenal, en el que podían descansar sus alas.



La casa de mis tíos queda en el pequeño caserío de San Francisco, a un paso de la ciudad, del otro lado del río Torres. Está situada frente a una plazoleta insignificante, desprovista de árboles y rodeada de habitaciones sucias.

Es un lugar solitario, pero no tranquilo porque cada rato lo inquietan los tranvías que van y vienen de Guadalupe. Bien es verdad que uno acaba por no fijarse en ello.

El caserío es antiguo, de gruesas paredes, con ventanas voladas provistas de rejas de hierro. A la entrada hay dos naranjos y sobre el tejado crecen hierbas. Las habitaciones son vastas y frías, con el pavimento de ladrillos que mi tía Concha hace encerar a menudo y que a primera vista se creen mojados. Los muebles que han servido a varias generaciones, son pesados y grandes. La sala tiene un aspecto lúgubre con sus sillones y su sofá forrados en bayeta oscura, sus retratos de abuelos de rostro rígido y su Dolorosa enlutada y llorosa, bajo un fanal, escultura de madera traída de Guatemala, que mi tía estima como a los ojos de su cara.

Mi cuarto tiene vista para la pequeña iglesia de ladrillo, en construcción desde hace muchos años: es una sala muy grande en que resuenan los pasos. De noche me llena de terror el oír caer las boronas de madera que se escapan de las galerías que en las tablas del techo hace el comején. Mi cama está a la sombra de un enorme armario y a la par de una gran cómoda, rechoncha y gavetuda como mi tía. Me da miedo despertar a media noche y encontrarme entre el silencio con las gigantes y grotescas sombras que estos muebles proyectan en el techo, y que me hacen pensar en los animales prehistóricos de que me hablaba Miguel. Hay un reloj que constituye otro de mis terrores nocturnos: está en el comedor; su caja estrecha de madera negra semeja un ataúd y sube desde el piso hasta el techo. Por la puerta de cristal se ve el péndulo dorado, del tamaño de una cazuela. Sus golges resuenan en mi fantasía que se abre en la quietud de este caserón, como el respirar de las sombras pavorosas que me rodean. Entonces tengo la nostalgia de mi cuartito tibio y suave como un nido que se comunicaba con el de mis hermanitas. Cuando yo despertaba en él entraba luego a acompañarme, la respiración de ellas... Allí no tenía nunca miedo.

Ayer por la mañana me trajo Miguel, y sin embargo, para mí es como si hace mucho tiempo estuviese abandonado de los que amo.

Es de noche: me dejaron en mi nueva habitación, cerca de la ventana.

Las campanas repicaron llamando al rosario. Algunas mujeres rebujadas, entre ellas mi tía, han entrado en el templo. Una pálida claridad sale por sus ventanas y hasta mí, llega el rumor de los rezos. Sobre el fondo estrellado del cielo, se destaca el gran perfil sombrío de la iglesia. Cada cuarto de hora, el silencio es interrumpido por el rodar de un carro del tranvía.

Pienso en mi casa y en los míos. ¿Qué ha

sido de mamá? ¿Para dónde tendrán que irse mamá Canducha y Miguel? Y mis hermanitas? Qué oscura estará la sala! Recuerdo la escena que ví la otra noche en el espejo... Ahora dentro de su luna lo que hay es sombras! Quizá los dos viejos se han reunido en la cocina y hablan de nosotros. Cierro los ojos y veo el rostro oscuro de mamá Canducha, inclinado, con los ojos dirigidos tristemente hacia las llamas. Frente a ella, mi viejo amigo con su cara bondadosa rodeada de barba casi plateada, con las manos cruzadas sobre las rodillas... (Papá les dijo que podían quedarse en la casa, hasta que se alquilara). El agua de la acequia irá murmurando como siempre: "Adiós Sergio, Gracia y Merceditas", porque no saben que ellos se han ido.

Me pongo a llorar

De pronto dos bracitos han rodeado mi cuello y una pequeña cabeza se acerca mimosa a mis mejillas... Ah! Es Ana María! No la sentí llegar porque es descalza.

Su voz suave y cariñosa pregunta:

—Porqué llorás Sergio?

No respondo. La inflexión tierna de su tono, invita a mi pena a desbordarse, y los sollozos brotan de mi garganta. La presión de los bracitos aumenta y unos labios tibios comienzan a besarme... luego unos sollozos tímidos acompañan a los míos.

El dolor se calma e interrogo:

—¿Porqué llorás Ana María?

—Porque me dan ganas de llorar el verte llorar.

—Yo lloro porque me han traído aquí... ¡Ay! Ana María, en casa cada uno ha cogido por su lado.

—Anoche oí a la niña Concha que te ibas a venir a vivir con nosotros, Sergio, y me puse más contenta!...

—No debías de haberte puesto contenta. Me vine porque...ya ves... sentado en esta si-

lla... Si tuviera mis piernas buenas habría huido. No quiero a la tía Concha ni al tío José. Tampoco quiero a papá.

—¿A mí?

—A vos un poco...

—¿Porqué te has venido?

—¿Porqué?... Anita, no has oído decir dónde está mamá?

—La niña Cinta? ¿Se ha perdido?

—Sí.

Lloramos de nuevo.

Entre sollozos interroga:

—¿No la han buscado?

—No se.

—¡Qué extraño! yo creí que la gente grande no se pierde... ¿Y tus hermanitas?

—Las llevó papá al colegio de Sión. Siquiera estuviera aquí mama Canducha!...

La pena me estruja otra vez la garganta.

Ana María sale corriendo, enseguida vuelve y me pone entre las manos dos pequeños objetos.—Tomá y no llores más, Sergio—me dice. La voz gruesa de mi tía que ha regresado, resuena enojada:

—¿Ana María, y eso que es? ¿Porqué no has encendido las lámparas? ¿Cuando aprenderás a hacer las cosas sin que te lo manden?

La niña se escurre. A poco los globillos eléctricos se encienden y mi pena se esconde al contacto de esta luz cruda, en lo más hondo de mi ser. Quisiera haber seguido llorando en la oscuridad, con los bracitos de Ana María en torno de mi cuello.

* * *

Ana María era entonces una peloncilla de ocho años, aunque aparentaba menos. Era como el duendecillo de aquel caserón, y parecía tener el don de la ubicuidad: estaba en todas partes, lo que indignaba a mi tía Concha.

Cuando menos se esperaba, se veía surgir entre los grandes muebles, la figurita menuda de graciosa cabeza, en cuyo rostro moreno se abrían unos ojos muy negros y rasgados como los de las cabras; los párpados estaban adornados con un fleco de pestañas muy chusas, tupidas y cortas que le lucían mucho. La naricilla ñata tenía el aire de ir husmeando travesuras, y en las mejillas se abrían al menor pretexto, unos camanances que eran en esta cara unas pilitas de encanto y picardía. Mi tía no le había dejado crecer el cabello, seguramente para no tener el trabajo de peinárselo.

Recuerdo haberla visto siempre con unos trajes azules con lunares o florecillas blancas, sin adorno alguno. Más tarde supe que este recuerdo se debía a que cada año le compraban género, azul las más de las veces, del que le hacían cuatro vestidos idénticos que tenían que servirle los doce meses y más si era posible. Además, la economía del ama de casa había condenado a los piesecitos de Ana María, a ir descalzos por esta pedregosa vida.

Fué sacada por la tía Concha del Hospicio de Huérfanos cuando tenía seis años, y ella no recordaba ni el nombre de sus padres. La vieja señora hablaba de este hecho como si la chiquilla hubiese subido del infierno al cielo.

¿Qué ideas de belleza y comodidad le inspiraría el ver a Ana María deslizarse sobre los pisos enladrillados y bruñidos de su gran casa?

* * *

A la luz del día he examinado los objetos con que anoche me obsequiara Anita, para calmar mi llanto. Son, un prisma triangular de cristal, de esos que adornan las arañas que he visto en las iglesias y una crucecita de hueso labrado, amarillenta y que tiene en el

centro un agujero en el que hay una lente minúscula. Ella ha venido a explicarme su valor y uso. Ambas cosas son para regalo de los ojos: por la lenticilla de la cruz, se ve un Niño Dios dormido entre flores, con la cabeza apoyada en un corderito. Todo allí dentro resplandece y yo no quisiera quitarme de esta visión. ¡Cuán admirable es para mi espíritu sencillo la pequeña cruz amarillenta y sucia, que guarda en su interior la luminosa visión de este niño tan hermoso que duerme entre azucenas, y que tiene por almohada un blanco corderillo! Y mirando por el minúsculo cristal, habría pasado las horas, si Ana María no la apartara de mí, para extasiarme, con su otra maravilla: cuando he aplicado el prisma a mis ojos, ha sido para mí, lo mismo que si me hubiese internado en un arco iris: lo que me rodea, adquiere de pronto una belleza mágica... algo así como si una de las hadas de los cuentos de Miguel, lo hubiese tocado todo con su varita. Las sucias casillas que rodean la plaza, el lodo de la calle, las nubes, la hierba, el caballo que pace, han sido bañados en un baño en que se diluyeron todas las piedras preciosas. Las paredes de la iglesia no muestran la desnudez áspera de sus ladrillos, ni las torres a medio terminar tienen un aspecto descarnado y feo: los muros han sido cubiertos con una capa de brillantes, esmeraldas, rubíes; la luz hace en todos los ángulos encajes delicadísimos. Yo pienso que es un palacio encantado. Y el jardín? Al verlo, grito fuera de mí:—Ana María, es como entrar al jardín de que habla el cuento de Aladino!

Un zopilote que vuela, me hace prorrumpir en una exclamación: Has visto los zopilotes volando?—Y ella responde satisfecha:—No hay nada que no haya visto. Te digo que allí hasta los sapos se ven lindos!

—Si pudiéramos meternos dentro de tu vidrio, Ana María y vivir en él!

La tía Concha pasa por el corredor y Anita dice ingenuamente:

—Mirá a la tía Concha, Sergio y verás que hasta ella parece linda.

Obedezco y me convenzo de que la antipática señora se ha transformado entre aquel ambiente irisado.

¿De dónde cogió Ana María estos objetos? El prisma lo encontró en la iglesia y la cruz la tiene desde que estaba en el hospicio. Me ha confesado que la escamoteó a una vigilante. Un día en que fué castigada, esta mujer, por consolarla, desprendió la cruz de su rosario y la hizo ver el misterio que encerraba. Desde entonces, el poseerla fué su único anhelo. El ser dueña de esta cruz, constituía para ella la felicidad. Por fin logró apoderarse y la escondió en el hueco de una pared, y cuando estaba sola iba a contemplarla con el corazoncillo que se le salía. Al abandonar el hospicio, no dejó su tesoro.

Ha sido preciso que trascurrieran muchos años, para que yo comprendiese el valor que tuvo el desprendimiento de la chiquilla al darme estos objetos que encerraban para ella toda la dicha y la belleza. En aquella época lo comprendí de una manera muy vaga. Quise devolvérselos, pero me dijo heroicamente:—No, Sergio, cogéte los... Si yo tengo mucho que hacer y no me queda tiempo de mirar por ellos. Además, si la niña Concha me los pilla, me los tira al tejado. Sabés donde he tenido que guardarlos? Pues debajo del piso, entre una lata de salmón vacía. Con vos están mas seguros y así, cuando yo tenga tiempo, vengo a que me los prestés.

¡Cuántas veces después, he olvidado mi pena, como en aquella mañana, al contemplar la vida a través del cristal de Ana María o mirando por el agujero de la crucecilla de hueso, el minúsculo espectáculo que ponía alas a mi fantasía!



La tía Concha no se cansaba de sacar a relucir la caridad, de que diera prueba al sacar a Ana María del Hospicio de Huérfanos, para tratarla como a una hija. Sin embargo, en ésto había procedido lo mismo que en su cultivo y desvelos por los rosales, cuya belleza no le importaba tanto como las monedas que le producían. Razón tenía Engracia la cocinera al decir que "la niña Concha, no arrancaba pelo sin sangre".

Si la chiquilla no andaba por los suelos bruñendo o encerando ladrillos, estaba limpiando vidrieras, barriendo patios y desagües, desyerbando el jardín, llevando y trayendo las vacas, metiendo leña.

La niña Concha no dejaba a la pobre criatura tentar tierra.

Dichosamente Ana María tenía una imaginación viva y alegre, y todos sus trabajos los volvía juego: si limpiaba el pavimento de una habitación, dividía los ladrillos en dos bandos: el suyo y el de la niña Concha. Los que pertenecían al primero, quedaban convertidos en espejos, y a los otros les daba poco brillo, para que rabiaran. Si la ponían a barrer el patio, hacía fogatas con las hojas secas, que representaban incendios terribles; a veces tenía compasión de una ramilla que se retorció entre las llamas y la salvaba. Las rosas Príncipe Negro, eran sus predilectas, y al pie de estos rosales no se encontraba jamás una hierba. Si había que meter carretadas de leña, quién sabe como se ingeniaba para que todos los chicos de la vecindad la ayudasen; venían hasta los hijos de un gran diplomático que vivían en una hermosa casa en las inmediaciones y ni la niña se cuidaba de sus trajes de seda, ni los niños de los suyos de terciopelo, para cargar alegremente haces de leña que iban a

depositar a los pies de Anita que la acomodaba en el galerón. En hacer divagaciones curiosas, apuestas sobre cual cargaba más o llegaba primero, en contar cuentos y reír, se les iba el tiempo y cuando percataban no quedaba un palo de leña sin acomodar. Después de la llegada de Sergio, quien tenía entre la cabeza la multitud de narraciones de Candelaria y de Miguel, y que poseía un gran número de libros de cuentos, Ana María no volvió a ser Ana María: hoy, mientras limpiaba los cristales de una ventana, era María Cenicienta, mañana, desgranando maiz metida en la pequeña troje aislada de la casa, era Blanca Nieves en espera de los enanos, o Robinson en su isla y al día siguiente, mientras zurcía era "La Hija del Molinero", que tenía que hilar todo el lino que llenaba un cuarto inmenso, y convertirlo en oro. En las tardes de verano, mientras la tía Concha iba a rezar su rosario a la iglesita, sacaba a Sergio en su silla a la plaza; se les reunían otros niños y se ponían a jugar de modo que Sergio pudiese tomar parte. Y allí se estaban hasta que se fijaban en que no era la luz del sol, sino la de la luna, la que se derramaba por la plaza.

En las noches de invierno, se iban a la cocina a experimentar el terrible placer de escuchar los cuentos de espantos, que les refería Engracia la cocinera: de la Segua, a quien el trasnochador seguía tomándola por una linda muchacha y quien al cabo de mucho caminar se volvía y dejaba tieso a su perseguidor, mostrándole los enormes dientes de su hocico de yegua; de "La Llorona" lamentándose en las riberas de los ríos por el hijo que había arrojado en la corriente; del Cadejos, de la Mano Peluda, del Padre sin cabeza. Los niños se iban a la cama con un escalofrío en la espalda. Las sombras del cuarto de Sergio adquirían formas espantosas. Se dormían con la cabeza envuelta en las sabanas y la frente sudorosa. Sin em-

bargo, al día siguiente volvían a pedir a Engracia mas relatos espeluznantes.

* * *

Mi padre ha venido a despedirse porque se vuelve a la Línea a terminar de arreglar sus asuntos. Ana María y yo estamos en el corredor contando cuentos, tras un macizo de paca-yas y no somos vistos. Papá dice:—Creo que es mejor que Candelaria se venga con Sergio.

Aprieto con efusión la mano de mi amiga.

Su hermana interroga:—Cuánto le pagarás?

Veinte colones son suficientes.

—No mucho. Sin embargo, no llames a Candelaria: yo cuidaré de Sergio... El tiempo no está para dejar ir un centavo. Entonces, ya sabes, nos pagarás una pensión de setenta colones; y es barato, Juan Pablo, te lo aseguro, estando el tiempo como está.

—Bueno mujer, responde con disgusto mi padre.

La mano con que estrechaba yo la de Ana María, se afloja y el corazón que tenía para mi tía sólo indiferencia, se inclina decidido del lado de la antipatía. Aun mas: creo que la odio.

La tía Concha pregunta:

—Al fin has sabido algo de Cinta?

—Sí. Se ha marchado al Perú.

—¿Que iría a hacer allí tu compadre Rafael Valencia?—En su rostro hay una risilla de co-nejo que me repugna.

Se le contesta secamente:

—No se.

Hay una pausa y yo escucho el palpitante de mi corazón. Siento que se me quiere salir, huyendo de la desolación infinita que me ha entrado por los oídos.

En la noche, así que en la casa solamente

se oyen las golpes del gran reloj, abro la puerta a mi llanto. Mi tía ha dejado sobre la cómoda una lamparilla de aceite encendida para las ánimas y estoy rodeado de pavorosas sombras que se mueven según la oscilación de la llama. Lloro sin cubrirme la cara con las manos y sollozo sin temor, porque mis tíos duermen lejos. De pronto, el duendecillo de la casa surge de un rincón. De un brinco está a mi lado en la cama. Se pone abrazarme y como la otra noche, llora conmigo. Este acto tiene el poder de calmarme, como seguramente, no lo habrían conseguido las palabras más elocuentes.

—Ana María, sabés dónde está el Perú?

—No. Antes había oído esta palabra, sólo en aquel: a, e, i, o, u, guayabita del Perú... Así que vayamos a la escuela, se lo preguntaré a la maestra. Mirá lo que te he traído—dice sacando de entre los pliegues de su vestido, una anona—Está madurita; es de una huaca que tengo a la orilla del río. Dios libre que la niña Concha lo sepa. Querés que la comamos?

Hago señas de que no, pero ya la ha partido:

—Es como ponerse en la boca los terrones de azúcar—Habla con la boca echa agua y me contagia. Sonríe bajo mi llanto, y como mi parte. Ana María dice señalando una lágrima que se me ha quedado entre las pestañas:—Cuando te da la luz allí, se ve de colores como en mi vidrito.

Así que estoy tranquilo me hace acostarme y me arropa bien, con solicitud maternal. Le cuento que lo mismo hacía mamá Canducha. Luego se va y desaparece tras el armario.

Me duermo y sueño que tengo las piernas buenas y que huyo hacia el Perú que se ve a lo lejos: Es una casa en cuyo tejado está mi gaitita Pascuala. Allí vive mamá y el aire es irrisado como en el prisma de Ana María. Diviso a Gracia que viene a mí encuentro y me gri-

ta: "a, e, i, o, u, guayabita del Perú. ¿Cuántos años tienes tú?"

* * *

La tía Concha era una mujer bajita, rechoncha que recordaba las grotescas figurillas femeninas que vienen en las historietas ilustradas del Almanaque de Bristol. Su cara muy empolvada lo dejaba a uno en la duda de si era joven o vieja. Cada noche, antes de acostarse, la pobre Ana María tenía que hacerle el cabello en una multitud de trenzas y el que le rodeaba la frente, ella en persona lo retorció en una serie de ricitos. Toda esta fábrica era deshecha otro día con gran complacencia, y ondas y rizos servían para confeccionar un fantástico peinado.

Su vida estaba dedicada a sus pisos y a las plantas, sobre todo a las begonias. Siempre andaba a caza de "hijitos de rosa", de "hojas sazonas de begonia", de recetas para abonar esta planta o la de más allá. No había lata de conserva vacía, ni olla inservible en la cocina en que no retoñara la consabida hojita de begonia. Ella las bautizaba a su antojo, según el dibujo, color o parecido que tuvieran: "la naipe", "la bronce", "la guacalillo", "la búlgara", "la reina de las búlgaras". En las mañanas yo tenía que quedarme en la cama hasta la hora del almuerzo, porque la maniática señora andaba moliendo cáscaras de huevo para la tierra de "las búlgaras", desmenuzando estiércol para ésta, mezclando orines con agua para la otra. Desde entonces cobré a estas preciosas plantas una profunda antipatía y jamás me han llamado la atención sus complicados tornasoles, ni sus manchitas caprichosas.

No se crea que cultivaba desinteresadamente. Su buen sentido había sabido convertir su



poética afición en un pequeño negocio: la tía Concha traficaba con begonias y rosas. Tenía una gran plantación de rosales, pero sus ojos avaros no se complacían con la belleza de los colores de los pétalos... ellos no veían sino el brillo de la moneda que cada flor representaba. En las tardes, contaba las pesetas que amanecerían abiertas en las American Beauty y los dieces que se abrirían en las Príncipe negro. Mi tía Concha sí podía decir que tenía matas de pesetas y de dieces.

Era curioso oírle hablar horas enteras con sus parroquianas, de la vida y milagros del ejemplar que se llevaban: que lo consiguió en tal parte, que lo sembró en tal otra y que mucho tiempo lo dió por muerto. Pero un día, por cierto iba ella muy distraída a dejar a Engracia la cocinera el Royal para el pan, cuando le dieron ganas de volver a ver... y se va encontrando con el retoñito! Después lo había pastoreado como a una criatura: que ya en este rincón, que ya en la ventana porque le habían dicho que la luz a través de los cristales les hacía mucho provecho...

Su marido era un hombrón más joven que ella. La tía Concha lo manejaba como a una de sus begonias menos estimadas. Nunca he visto nada más humilde que el rostro del tío José, siempre inclinado levemente hacia la izquierda, y jamás se me despintará el aire de mansedumbre con que este hombre tan alto y robusto, echaba a andar detrás de la pequeña figura de su esposa. Su voz no se oía en aquella casa y si ella se dignaba consultarle cualquier asunto murmuraba apenas: "como te parezca Conchita".

El tío José tenía también una pasión: los pájaros. Y la tía Concha se la permitía porque a menudo hacía con ellos magníficos negocios y también porque le habían dicho que las deyecciones de las buenas avechitas eran un espléndido abono para no sé cual de las begonias.

El viejo poseía canarios, yigüirros, agüios, mosotillos, setilleros, chorchas, etc. Los viernes y los sábados se iba desde temprano a la Plaza de la Merced a comprar, vender y cambiar pájaros. Era el primero en levantarse cada día; las patillas inquietas de los canarios que madrugaban con la luz que más sentían que veían y cuyas jaulas llevaba por las noches a su cuarto, lo despertaban al brincar sobre el piso de sus viviendas. Las mañanas las empleaba en lavar jaulas, pelar guineas y llenar cacharrillos de alpiste y agua. De noche se estacionaba junto a las lámparas de los corredores a atrapar mariposillas para regalar con ellas a sus animalitos. Se pasaba las horas muertas escuchando los gorjeos que poblaban el aire de una alegría que a mí se me antojaba triste, porque brotaba de unos cuerpecillos prisioneros en los cuales las alas eran apenas un anhelo. Yo imaginaba ver salir los trinos de los piquitos, ya como collares de diminutas burbujas, ya como minúsculas pompas de jabón que volaban a través de la casa y estallaban en los rincones en un suspiro.

Pero el humilde tío José con su facha de que no quebraba un plato, había hecho algo que me dejó una repugnancia más profunda que la que elaborara en mí, la tía Concha. Ana María me contó que el zenzontle que cantaba las melodías maravillosas que a mí me extasiaban, estaba ciego... y quien apagó estos ojos con una crueldad digna de un inquisidor, fué este hombrazo insignificante. Sus oídos golosos no dudaron en sacrificar esta mirada a su placer.

Ana María me confió que ella tampoco lo quería y que se saboreaba cuando la niña Concha descargaba sobre él, su mal humor.

* * *

Mama Canducha se ha colocado en otra casa. Los domingos viene a verme. Al llegar y al irse

me aprieta contra su pecho y así me tiene largo rato, y entonces yo puedo oír el palpar de su noble corazón que me ama tanto. Se informa de si paso frío de noche, de mis alimentos y se entristece si a mi vestido le falta un botón o le encuentra una desgarradura ¡ Mi querida viejita! ¡ Cómo sufrirá ella cuyo cariño echara raíces hasta en la tinaja de la cocina de casa!

Miguel viene cada tarde a darme las clases de violín. Además, muy a menudo sube su máquina de afilar hasta San Francisco, como si allí, cuchillos y tijeras mellados abundasen. Bien sé, que las más de las veces, sale del caserío sin dar una sola vuelta a su piedra de afilar. Cuando las notas de su silbato vuelan en las mañanas o en los mediodías desde la cuesta, y se posan en mi oído, imagino que una bandada de golondrinas ha venido a descansar en las rejas de mi ventana. Y es que las golondrinas arriban a mi país al finalizar el gris octubre y su llegada es la precursora de nuestro verano de los trópicos que es la estación de los soles espléndidos y del cielo límpido. A mí, este aire que anuncia al afilador, me promete el calor de un afecto profundo que se acerca. También es melancólico para mí, como estas aves viajeras que no vivirán mucho entre nosotros y que vienen a rayar la plata de las tardes de noviembre, con la gracia sutil de su vuelo oscuro. Generalmente estoy cerca de la ventana de mi cuarto; él se arrima entonces a dejarme el último juguete que me ha fabricado, o a narrarme sus historias. Entre otras cosas me trajo un Arca de Noé en la que cada animal es un pedacito de arte. Como ví que Ana María se ponía en éxtasis ante ella, se la ofrecí, pero la odiosa tía Concha se la quitó para su portal.

Cada mañana al despertar, pienso que tengo mi violín, que vivo al lado de Anita y que Miguel vendrá a verme y a darme la lección. El

dice que estoy muy adelantado. Ya puedo interpretar composiciones de músicos célebres y lo debo hacer bien, porque cuando Miguel me escucha, me sonríe con una sonrisa que él saca solamente cuando algo le agrada mucho. El tiene una gran veneración por un compositor llamado Haydn. Cuánto me ha gustado lo que mi amigo me ha contado de él! Dice que vivió en un país que no está lejos del suyo en donde la gente es apasionada por la música. Allí los labradores cantan al guiar el arado y las niñas al llenar los cántaros en la fuente. Haydn era hijo de un constructor de carros que tocaba el arpa al oído y de una mujer que era una buena cantora. Por la noche hacían duos, rodeados de sus hijos. Sentado en un banco, en un rincón de la choza, el chiquillo escuchaba esta música y a menudo unía a ella su vocecita infantil. El violín del maestro de escuela, le sugirió la idea de hacer uno, y con los desechos de las maderas de su padre construyó algo semejante, y en la velada acompañó a sus padres imitando los movimientos del maestro de escuela. Después pasó muchos trabajos, pero cuenta Miguel que llegó un día en que los reyes lo llamaron a su lado. Miguel pasa largos ratos tocando música de Haydn. Recuerdo que en "El cuartito de las golondrinas" dentro de un marco primorosamente trabajado por él, tenía el retrato del músico croata. Entre las notas escritas en las páginas que estudio diariamente, dejo perdida mi tristeza. Son para mi como la cruz de Ana María. Nadie dice al ver su apariencia insignificante, que encierran una maravilla. El arco de mi violín las abre... aplico el oído y percibo el sonido que encierran, que a veces comprendo y a veces no. Son notas que me deslumbran los oídos... se que son hermosas, pero no puedo precisar su forma. No se por qué, éstas me son más queridas. Las hay que se unen y forman un camino que se pierden en el horizon-

te ¿Adónde llevará? Encuentro trozos que me ofrecen el mismo misterioso encanto de la tapia de una calle solitaria por la que solía llevarme Miguel en las tardes: un muro elevado de piedra llena de musgo, adornado de rosales trepadores. Sobre él, asomaban su follaje armonioso unos pinos y se veían macizos de caña de bambú. Al pasar llegaban aromas de rosas, de reinas de la noche y se percibían rumores que invitaban a soñar y a desear lo que nunca se ha sentido. Creía que del otro lado de ese muro se realizaban mis cuentos de hadas... Quizá era como el jardín de la Bella y el Monstruo... Jamás he podido dar forma a las fantasías que se me ocurrían frente a esta tapia, tras la cual mi imaginación ponía lo misterioso, lo desconocido, lo inefable.

Mis hermanitas vienen a verme dos veces al mes. Gracia ya cuenta sus pensamientos sin ponerles música, lo cual significa en ella que ha dado ya paseos por el camino del Dolor. Su risa tampoco suena lo mismo. La maticada de alegría de que hablara mama Canducha, no es tan lozana como antaño, y sus racimos de carcajadas son menos granados y han perdido su encendido color.

Yo creo que Merceditas está enferma. Tiene el color muy pálido y al acariciar sus manos las encuentro frías y no se tibian por más que yo las beso y las estrecho. Gracia dice que se alimenta como un pájaro. Cuando viene, nadie la separa de mi lado. Apoya su cabeza en mi hombro y así permanece hasta que Gracia da la señal de partida. Les he contado que Ana María es mi amiga y que yo la quiero mucho. A la siguiente visita, Merceditas le ha traído a su muñeca Luna, con su cama y su gran caja de vestidos.



* * *

Ahora voy a la escuela. Antes no iba porque en casa me enseñaban mamá y Gracia. Ana María es la que me lleva.

La escuela no queda lejos de casa. Y estoy contento porque allí todos me tratan con cariño. Mi maestra se llama la niña Matilde. Es una joven bajita y gorda y sus discípulos la encontramos encantadora. Al reír, enseña unos dientes muy blancos y las manos están llenas de hoyuelos. Todos los niños la queremos mucho. El día en que comenzaron las clases, quizá no había uno que no deseara irse con ella. Cuando se enoja, frunce el ceño y los labios, pero luego se pone a reír y todos armamos una gran algazara. He visto a mis compañeros llevarle flores que ella se coloca en el pecho, en la cabeza y en el cinturón. Yo también quisiera llevarle flores y se lo cuento a Ana María. Ya sabemos que en las magníficas rosas de la tía Concha no hay que pensar.

• •

Mi silla no ha rodado tan de prisa como en otras mañanas, porque Anita se ha puesto a hacerme un ramillete con flores de Sta. Lucía y espiguitas de zacate que cortaba de los paredones y de las orillas del camino. Al terminarlo, lo amarró con una hebra de hilo que cogió a las escondidas, quién sabe con cuántos trabajos, del costurero de mi tía. Me lo entregó diciendo:—Verdá que no está feo? Es para la niña Matilde. Fijate que perfume tienen las flores de Sta. Lucía.

Encontré que era un lindo ramillete: las florecillas lila todavía conservaban entre los estambres gotitas de sereno y despedían un aroma delicado.

Se lo dí emocionado a mi maestra que lo tomó y lo colocó gentilmente en su pecho. Luego me acarició la cabeza y me dijo:—¡Qué lindo su ramito, Sergio! Es el más bonito que me han traído este año.

* * *

Ya sé donde queda el Perú. Lo pregunté a la maestra y ella trajo el globo terrestre y me mostró la situación de Costa Rica y la del Perú. Me explicó que cada milímetro en el globo, representa cientos de kilómetros de la realidad. Para llegar allí, hay que embarcarse y navegar unos cuantos días. ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Cuan lejos de mí, está entonces mamá!...

Como en el globo estuviera el Perú representado por un parchón rosado, durante mucho tiempo, al pensar en mamá, la he imaginado paseándose sobre un campo color rosa.

* * *

Hace diez meses que salimos de casa. Las vacaciones han llegado y yo he dicho adiós a mi maestra y a mis compañeros. Al sacarme Ana María de la escuela, tenía un nudo en la garganta. En la ventana de mi clase estaban, la niña Matilde y mis amigos diciéndome adiós con la mano.

He aquí las cartas que me han escrito mis hermanitas:

“Sergio, hermanito querido: ya estamos en vacaciones y todas las compañeras se han marchado, pero como nosotras no tenemos adonde ir, nos quedamos en el Colegio. Hace poco llegó una monja francesa, Madre Estefanía, que nos quiere mucho, sobre todo a Merceditas. Vieras qué linda y jóven es! Yo le agradezco

que sea tan cariñosa con Merceditas porque ésto la pone contenta. Me da mucha pena Merceditas, Sergio: siempre tan calladita y tan pálida; le gusta sentarse en el jardín, en los requeritos de sol, y así se está horas de horas con la cabeza inclinada como un pajarillo enfermo. ¡Ay! Sergio, ¿porqué se fué mamá?

Esta mañana nos estuvimos en la terraza, desde donde se divisa todo San José. Pasaron volando unas palomas, talvez eran las tuyas. Vimos las torres de la iglesia de San Francisco y pensamos que allí cerquita vives. Has de creer que ya las queremos pues nos parece que tienen algo tuyo? Cada mañana vamos a subir a la terraza a verlas; no lo olvides y míralas tu también para que allí se junten nuestras miradas. Y adivina que vimos también? La palmera alta que hay en el jardín de nuestra casa. La movía el viento, e inclinaba hacia nosotras su cabeza como llamándonos; ¿Quién vivirá ahora allí? ¿Quién será ahora el dueño de los conejitos y de las palomas?

Para dónde habrá cogido tu gatita Pascuala? No le perdono a la tía Concha que no te permitiera llevártela. Seguro fué por temor de que se comiera los pájaros de tío José... Yo pienso que es mejor comerse los pájaros que dejarlos ciegos.

Una de estas noches soñé que estábamos jugando de comidita en la casa de flor de verano y que mamá estaba en el corredor.

Ahora podremos ir a verte cada ocho días. Te mando muchos besos.

GRACIA

“Hermanito de mi alma: Yo no te escribo tanto como Gracia, porque tengo mucho frío. Tu sabes que no sé escribir lo que pienso, pero también sabes que no hay ni un minuto que no piense en tí. No te cuento lo de Madre Estefanía ni lo de la terraza porque Gracia

me lo quitó. Vieras qué silencio hay ahora en el Colegio. Yo me imagino que es una pajarrera y que es de noche: todos los pajaritos están durmiendo. Cuando se fueron mis compañeras, me dió mucha tristeza. ¡Qué alegres iban! La calle estaba llena de sus risas. Si Gracia y yo tuviéramos casa, también habríamos salido muy contentas. Si ves a mama Canducha le dices que le mando muchos besos. También a Miguel.

Pronto vamos a estarnos un buen rato contigo. Yo siempre estoy contigo hermanito.

MERCEditas



Pero el domingo transcurrió y mis hermanitas no llegaron. El lunes supliqué a Miguel que fuera a informarse de ellas al colegio, y Miguel vino con la noticia de que mi hermana Mercedes estaba enferma. Desde ese momento en el interior de mi cabeza golpeó y zumbó un pensamiento que sonaba como un abejorro negro dentro de una pieza.

Tres días después llaman a la puerta. Los toques son precipitados y yo me estremezco. Alguien sale y una voz dice:—Avisan del Colegio de Sión, que la niña Mercedes Esquivel, acaba de morir.

.....

Gracia y yo estamos abrazados en el rincón de una blanca capilla. A nuestro lado está Miguel y mama Canducha. Por alguna parte penetra una luz azulada. En el centro, entre muchas flores, reposa Merceditas. Una voz femenina canta y el armonium la acompaña.

.....

Estoy otra vez en mi cuarto que encuentro más vasto y frío. Sobre la cómoda, la lampa-

rilla de aceite con su luz mortecina e inquieta, y entorno mío, las sombras de los grandes muebles me acompañan con su pavoroso silencio.

El dolor ha cavado muy hondo en mí y ha llegado al corazón de la amargura. Ahora sí que ya nunca faltará una lágrima a mis ojos, porque su azada llegó allí donde está la fuente inagotable del llanto.

Por primera vez, la intuición de la muerte penetró en mí, frente al cadáver de mi hermanita. La tranquila indiferencia de su rostro, me colmó de desesperación. Mi corazón sediento de ternura vió perderse entre la tierra una de las fuentes que lo calmaban. En mí, está la sensación que me producen las notas cuyo misterio no me es dado sondear. Lo que esta nota que llaman muerte encierra, no me deslumbra, sino que anonada mi espíritu. Estoy como ante aquel muro que ocultaba para mí lo desconocido; pero sobre éste no florecen rosas, ni tras él hay pinos melódicos. Siento que del otro lado está Merceditas; no la Merceditas que viera inmóvil en la capilla, sino aquella que se apoyaba en mi hombro y prestaba a mis piernas sin vida, su dulce calor. La llamo e imagino que tras él, sus manecitas se tienden hacia mí....

Pero en esta noche de infinita desolación, a la hora en que el silencio se escucha más, mi cuello siente el cariño de los bracitos de Ana María y mis sollozos no han volado solos por el helado ambiente de mi cuarto...